



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

MAESTRÍA EN DIAGNÓSTICO Y REHABILITACIÓN NEUROPSICOLÓGICA



**LA NECESIDAD Y EL MOTIVO DE LA ACTIVIDAD EN PACIENTES CON TRASTORNO
DEPRESIVO MAYOR**

TESIS

Que para obtener el grado de

MAESTRO EN DIAGNÓSTICO Y REHABILITACIÓN NEUROPSICOLÓGICA

Presenta:

ROBERTO AARÓN ESPÍRITU VILLALPANDO

Director: **DR. IGNACIO MÉNDEZ BALBUENA**

Co-Director: **DR. VICENTE ARTURO LÓPEZ CORTÉS**

Asesora: **DRA. ROCÍO FRAGOSO LUZURIAGA**

Puebla, Puebla, México, agosto de 2021.

ÍNDICE

Resumen	1
Introducción.....	3
I. Fundamentación	6
2.1 Planteamiento del problema	6
2.2 Hipótesis de investigación.....	7
2.3 Objetivo general de la revisión.....	7
2.4 Objetivos específicos.....	7
2.5 Pertinencia de la revisión	7
2.6 Justificación.....	8
II. Antecedentes históricos.....	11
III. Marco teórico	13
4.1 El estudio de las emociones.....	13
4.2 El enfoque histórico-cultural	18
4.2.1 La esfera emocional en el enfoque histórico-cultural.....	20
4.3 Neuropsicología y depresión	26
4.4 El enfoque de la cognición corporizada	29
4.4.1 Las bases sensoriomotoras de la cognición	29
4.4.2 La información conceptual y el problema de la transducción	31
4.4.3 Las emociones en el enfoque de la cognición corporizada	36
4.4.4 Nivel de procesamiento: pensamiento concreto y abstracto.....	38
4.5 La base sensorial en el enfoque histórico-cultural y de la cognición corporizada	43
IV. Metodología	47
5.1 Tipo y diseño de investigación.....	47
V. Discusión.....	48
VI. Conclusiones	52

RECONOCIMIENTO

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por haber otorgado la beca no. 595917 para la realización de este proyecto.

A la Vicerrectoría de Investigación de Estudios de Posgrado (VIEP) de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla por el apoyo otorgado al proyecto “La necesidad y el motivo de la actividad en pacientes con trastorno depresivo mayor”.

AGRADECIMIENTOS

A todas las personas cuya presencia en mi camino durante el curso de este posgrado influyó de alguna u otra manera para formarme en mi profesión y en la vida. Personal docente, familia, compañeras y compañeros de escuela, amistades, gente que conocí por momentos breves... A todas ellas, les estoy infinitamente agradecido.

RESUMEN

Tanto el enfoque histórico-cultural como el de la cognición corporizada contemplan a los procesos psíquicos como enraizados en la actividad práctica y material, sustentada, en primera instancia, por las capacidades sensoriomotoras de los individuos. Tal representación del psiquismo resulta conveniente para concebir a la mente como un sistema que no se reduce a los contenidos simbólicos-amodales que tienen muy escasa relación con el entorno. La base material/sensorial de los procesos psíquicos, además, resulta fundamental para comprender la esfera de los motivos y su relación con los trastornos emocionales en los que dicha esfera se ve alterada y, por lo tanto, la actividad del individuo se desestructura..

Se realizó un análisis teórico comparativo para contrastar algunos de los postulados del enfoque histórico-cultural y el de la cognición corporizada, esto con el propósito de abordar la relación entre los motivos objetivados, la base material/sensorial de los procesos cognoscitivos y la aparición del trastorno depresivo. De dicho análisis se destacaron las convergencias y las divergencias de ambas posturas para destacar la importancia de la consideración de aquella relación si se pretende obtener una mayor comprensión de la instauración y el mantenimiento del trastorno. Se requiere pues de un mejor entendimiento en el nivel de análisis psicológico para alcanzar un mejor entendimiento en un nivel neurofisiológico y neuropsicológico de fenómenos patológicos como la depresión. El elevado número de casos y el alto porcentaje de pacientes que no responden a los tratamientos farmacológicos y psicoterapéuticos habituales lo amerita.

Se encontró que, para ambos enfoques, la experiencia sensoriomotora está íntimamente relacionada con el ulterior pensamiento conceptual. Estas bases sensoriales/materiales dan sustento al cuadro consciente del mundo como uno que existe objetivamente, y, además, desde los postulados de la cognición corporizada, no resulta conveniente la utilización del pensamiento abstracto para delimitar objetivos/motivos claros: es el pensamiento concreto el que está más cerca de las bases sensoriales y motoras que dan origen a la cognición. Por lo tanto, utilizar mayoritariamente un procesamiento en abstracciones probablemente conduzca a mayores alteraciones del estado emocional en pacientes con depresión, pues estos se comprometen más fácilmente con un estilo de pensamiento abstracto y rumiante.

Para ambos enfoques los motivos son vitales para estimular y orientar la conducta, toda vez que estos han sido destacados objetivamente: para la cognición corporizada, el pensamiento de tipo concreto está íntimamente ligado a esta distinción de los motivos. Asimismo, en ambos se destaca la importancia del logro de objetivos/motivos claros para mantener el equilibrio emocional

Es necesario incluir conceptos que han sido escasamente abordados en ambos enfoques, tales como la vivencia y la subjetividad, mismos que son indispensables para el estudio de la depresión como un trastorno dinámico en el que no se puede obviar a la persona íntegra en relación con el entorno. A su vez, al enfoque de la cognición corporizada le convendría construir un cuerpo teórico referente al desarrollo ontogénico de la esfera psíquica, pues carece de este.

Finalmente, se considera conveniente indagar en la naturaleza de los motivos vitales de las personas con depresión con el fin de determinar si obedecen a ciertos patrones que las hacen propensas a replegarse pasivamente.

INTRODUCCIÓN

La importancia de los motivos para la salud mental se ha puesto en evidencia en estudios como los de Piumatti (2018), en el que se encontró que las personas que están altamente motivadas para la consecución de algún objetivo son menos propensas a tener síntomas depresivos. Asimismo, otros trabajos han señalado que una conducta motivada funge como un factor protector para obtener y mantener la salud mental (Baker, 2004).

Ha habido estudios que incluso mencionan un particular tipo de motivación en las personas que padecen depresión, donde se presenta un sistema de inhibición conductual que las hace sensibles tanto a la pérdida de una recompensa esperada como a la novedad, lo que las vuelve más propensas a implementar acciones evitativas para prevenir eventos indeseables. Los individuos con este trastorno reportan más objetivos conductuales tendientes a la evitación, y así, se sugirió que esta hiperactivación del sistema de inhibición conductual podría fungir como un marcador de la depresión (Vergara y Roberts, 2011).

Aun cuando podría afirmarse que la inhibición de la conducta y la tendencia a la evitación podría representar un particular tipo de motivación, esta no facilitaría la movilización de las fuerzas de las personas para volverse agentes en el mundo, para dirigirse activamente hacia él en pos del cumplimiento de metas u objetivos que estén bien delimitados. Si tomamos las afirmaciones de la teoría de la actividad, esa motivación en realidad no sería tal, pues los motivos verdaderos se caracterizan por ser objetivados, por estar claramente señalados en el mundo exterior como susceptibles de satisfacer tal o cual deseo.

Desde el punto de vista de la actividad y su estructura, pareciera pues comprensible que una dificultad o incapacidad para destacar los objetos que satisfacen a los motivos, o para contemplarlos como alcanzables, pudiera tener como consecuencia una conducta inhibida que tome la forma de un trastorno depresivo.

La teoría de la actividad afirma que la personalidad, motivos y necesidades de las personas se encuentran relacionados, y a su vez surgen de la interacción entre individuos dentro del marco de las distintas actividades en las que se desenvuelven. Esta interacción es fundamental para esta propuesta teórica, ya que la concibe como la base material del desarrollo psicológico.

La estructura de la personalidad es una configuración relativamente estable de las principales líneas motivacionales, jerarquizadas dentro de sí. Aun, describirla como “orientación de la personalidad” resultaría incompleto, porque incluso cuando existe en el hombre una clara línea rectora de la vida, ella no puede mantenerse como la única (Zeigarnik, 1981).

Con el tema de la personalidad, estructurada con base en las necesidades y motivos, está relacionado el concepto de subjetividad y reflejo psíquico. Leontiev (1984) avaló el enfoque fundamental que se le ha dado a la psiquis a través del tiempo, vista como la imagen subjetiva de la realidad objetiva. Lo subjetivo implica que tal imagen es parcial, pertenece al sujeto real, lo cual necesariamente implica a su actividad.

Puede entenderse que lo trascendental con relación al tema de la subjetividad de la imagen es el asunto que bien señaló Leontiev (1984) en cuanto a la dependencia que tienen los procesos cognoscitivos respecto de las necesidades, motivos, tendencias y emociones del individuo, mismos motivos que además precisan de una objetivación/materialización para que estos puedan estimular y orientar la actividad que los satisfaga, es decir, necesitan ser mediados. Así, la investigación de las funciones psicológicas superiores y la relación de estas con el cerebro no puede obviar el tema de los motivos, pues es un concepto clave para la comprensión de aquellas.

Tomar en cuenta a los motivos, además, previene de concebir a la psique como una suma de funciones aisladas, pues en la actividad, los sujetos se involucran con todas sus potencialidades.

El estudio de la esfera de los motivos y su correspondiente particularidad objetivada/material y mediada puede resultar útil para una mayor comprensión del trastorno depresivo. Esto involucra una necesaria revisión de aquello que se entiende por mental o cognoscitivo, de cómo estos adjetivos abarcan o excluyen a la esfera sensorial, corporal propioceptiva, emocional y demás áreas que no se vean directamente relacionadas con el intelecto. Tal revisión no solamente conduciría a una mejor comprensión de la actividad de las personas con este trastorno, sino también de la que cursa de un modo normal.

Tanto las posturas de la teoría de la actividad como las posturas de la cognición corporizada proponen argumentos valiosos para aproximarse a la comprensión de la depresión desde una visión más integral, pues ambas consideran de una u otra forma el aspecto material objetivo que sirve como base para los procesos psíquicos, lo cual abre el camino para una conceptualización más integral de lo que se entiende como mente y como trastorno mental.

Sin embargo, en ambas posturas se encuentran áreas de oportunidad que, de ser abordadas, podrían fortalecer aún más sus postulados y aportar mayores conocimientos para una mejor comprensión de aquellos procesos.

Este trabajo abordará la importancia de la investigación de los motivos y de la base material/sensorial de estos y de otros procesos psicológicos en relación con la actividad de personas con trastorno depresivo, pues la hipótesis aquí contemplada es que estos conceptos tienen un papel fundamental para la comprensión del origen y mantenimiento del trastorno. El tema se abordará desde las posturas del enfoque histórico-cultural (mayoritariamente la teoría de la actividad) y las de la cognición corporizada para delimitar las semejanzas entre ambos en cuanto a la concepción del psiquismo, así como para destacar las áreas de oportunidad dentro de ambos cuerpos de conocimientos.

El documento consta de seis capítulos: el primero aborda su fundamentación, exponiendo la hipótesis y los objetivos, así como la justificación; el segundo expone algunos antecedentes históricos con respecto a la comprensión del trastorno depresivo; el tercero incluye el marco teórico en el que se exponen los postulados de ambos enfoques teóricos con relación a los motivos y a las bases sensoriales/materiales

del psiquismo; el cuarto capítulo trata sobre la metodología, y finalmente, el quinto y el sexto exponen la discusión y las conclusiones respectivamente.

I. FUNDAMENTACIÓN

1.1 Planteamiento del problema

La visión dominante del trastorno depresivo enfatiza, por un lado, la cognición y los sesgos en ella, y por otro, las características fisiológicas (Smith, 2013), una especie de dualismo cartesiano que difícilmente conduce a la contemplación integral de la psique.

Ante la excesiva confianza que muestran los teóricos hacia la esfera intelectual, que psicologiza la naturaleza de la motivación y de la acción, se puede considerar una alternativa correctiva que otorga también al cuerpo, y no sólo a la mente, un lugar prominente en los procesos motivacionales (Smith, 2013).

Desde la teoría de la actividad la importancia de los motivos es vital, pues estos son los que estimulan y orientan la conducta humana toda vez que la necesidad se ha objetivado o mediatizado, esto es, que se ha destacado el objeto que satisface la necesidad. Esta objetivación de la necesidad es lo que transforma el análisis psicológico de las necesidades en el análisis psicológico de los motivos, y es un aspecto fundamental para efectos de este trabajo, puesto que, como se revisará posteriormente, es aquí en donde el enfoque de la cognición corporizada podría tener puntos convergentes con la teoría de la actividad, mismos que pueden ser contemplados para una mejor comprensión de la depresión y la motivación.

Sin embargo, aun cuando se destaca la importancia de los motivos para la actividad humana, aquella teoría no se exployó en el abordaje de la esfera emocional (la cual está íntimamente ligada a la conformación de los motivos, pues las emociones se consideran como señales-vivencia en la vida del individuo), de su desarrollo positivo a lo largo de la ontogenia, de los mecanismos que obedecen a ese desarrollo, de cómo la configuración particular de motivos opera para determinar la actividad.

Por otro lado, resulta inconveniente obviar el hecho de que en el trastorno depresivo una característica central son los cambios en la vivencia y capacidades corporales: la ausencia de motivación en la depresión puede ser comprendida como un cambio en las disposiciones corporales en lugar de exclusivamente en términos de cambios en las actitudes mentales (Smith, 2013).

Tanto en la emoción, como en la motivación y en la cognición, es pertinente considerar los aspectos materiales/sensoriales y su interacción con la esfera psíquica conceptual si se pretende comprender cómo es que la alteración de estos procesos toma lugar en trastornos como la depresión.

Más adelante se revisará la relación tan importante entre la esfera emocional/motivacional y la cognoscitiva, aspecto que fue considerado por Vygotski en sus estudios sobre el pensamiento. Para él, este se origina a partir de las motivaciones, de los deseos y necesidades, de los intereses y las emociones. Detrás de cada pensamiento hay una tendencia afectiva-volitiva que implica la respuesta al último porqué del análisis del pensamiento, y una comprensión verdadera del pensamiento del otro es posible sólo cuando comprendemos su base afectiva-volitiva (Vygotski, 1993).

Si los procesos cognoscitivos dependen de los motivos y las necesidades (Leontiev, 1984), y estos motivos y necesidades son la base de la personalidad, es un problema fundamental atender a aquello que interviene en la conformación de tales motivos, de la forma en que aquella tendencia afectiva-volitiva los configura.

El estudio de la transformación de los motivos de la actividad en personas con depresión y la relación de estos con la base material/sensorial de los procesos psíquicos podría ayudar a dilucidar lo que ocurre en el nivel neuropsicológico, lo cual puede derivar en información útil para esclarecer el posible campo de acción de la neuropsicología en el tratamiento de las personas que padecen este trastorno.

1.2 Hipótesis de investigación

Se cree que la investigación de los motivos objetivados y la base material/sensorial de los procesos cognitivos tiene un papel fundamental para la comprensión integral de la instauración y el mantenimiento del trastorno depresivo.

1.3 Objetivo general de la revisión

Analizar la relación entre los motivos objetivados y la base material/sensorial de los procesos cognitivos en la aparición y el mantenimiento del trastorno depresivo.

1.4 Objetivos específicos

- Revisar el abordaje de los motivos objetivados y de la base material/sensorial de los procesos psicológicos desde el enfoque histórico-cultural.
- Revisar el abordaje de la motivación y de la base sensorial de los procesos psicológicos superiores desde el enfoque de la cognición corporizada.
- Comparar los postulados de ambos enfoques para rescatar sus convergencias y sus divergencias.
- Destacar la importancia del abordaje del trastorno depresivo desde la neuropsicología.

1.5 Pertinencia de la revisión

Para la neuropsicología como ciencia es importante estar sustentada por modelos teóricos de la actividad psíquica humana que permitan la comprensión del modo en que los sistemas funcionales de la actividad se organizan en el cerebro. Así, la comprensión en un nivel de análisis psicológico permite el posterior esclarecimiento de cómo tales procesos psíquicos se relacionan con el cerebro (Luria, 1979). En

este mismo sentido, aun cuando el hecho de que la actividad cerebral es indispensable para los procesos psíquicos, esto no convierte a tales procesos en menos psíquicos (Nikolaeva, 2011).

La actividad psíquica y su estudio es pues de gran pertinencia para una ciencia interdisciplinar como lo es la neuropsicología. Basta recordar el principio de significación de Vygotski (1991), referido a la capacidad de utilizar los signos para dar significado al mundo, y cómo este proceso conduce a nuevas conexiones en el cerebro. Podría pensarse que este principio fue el que sentó las bases para que fuera posible relacionar el nivel sociológico con el psicológico, y a su vez, el psicológico con el fisiológico.

Aun cuando se ha señalado que los procesos cognoscitivos no son una entidad completamente independiente y aislada de las demás esferas de la vida del ser humano, y que en realidad este funciona como una unidad (González-Rey, 2010; Varga, 2014; Vygotski, 1993; Barbas y García-Cabezas, 2017; Pessoa et al., 2019) todavía es necesaria mayor investigación que permita esclarecer cómo sucede la interacción entre el afecto, el intelecto y la voluntad, pues aunque parece una verdad evidente para la intuición, se necesitan mayores esfuerzos encaminados a la investigación cuyos aportes permitan la posterior construcción o validación de modelos que tomen en cuenta al psiquismo humano en su verdadera complejidad integrativa. Vale decir, esfuerzos encaminados a la aproximación de una conceptualización más completa y acertada de lo que entendemos como mental, cognoscitivo o intelectual.

1.6 Justificación

El trastorno depresivo tiene una presencia importante tanto en la población mundial como en la mexicana. Se sitúa entre los primeros lugares a nivel mundial de causa de incapacidad (Pandya et al., 2012).

En México, según la Encuesta Nacional de Epidemiología psiquiátrica llevada a cabo entre el 2001 y el 2002, se estimó que la tasa de prevalencia anual de depresión en el país fue de 4.8% entre la población general de 18 a 65 años. Como en el resto del mundo, en México son los más jóvenes los que padecen tasas mayores, en donde la mitad de los casos ocurren antes de los 21 años (Wagner et al., 2012).

Según los reportes de la Organización Mundial de la Salud, existen alrededor de 300 millones de personas afectadas y más de la mitad no reciben tratamiento, ya sea por falta de recursos y de personal sanitario capacitado, por la estigmatización de los trastornos mentales o por una evaluación clínica inexacta (Organización Mundial de la Salud, 2020).

Los profesionales de la salud tienen un amplio campo de acción en el que el trabajo interdisciplinar se torna imperante, pues como la mayoría de los trastornos psiquiátricos, al trastorno depresivo no se le puede atribuir una causa única, y, por lo tanto, su estudio puede ser enriquecido por las distintas disciplinas.

La psicología y la neuropsicología histórico-cultural pueden aportar información relevante para el estudio de este trastorno. Es preciso rescatar las palabras de Leontiev (1984) en cuanto a la relación de lo psíquico con lo fisiológico y las implicaciones que esta tiene en la investigación; rescatar sobre todo la

importancia de la exploración en el nivel psicológico para poder comprender y desarrollar modelos coherentes en el nivel cerebral, fisiológico. Ni el paralelismo de los fenómenos psíquicos y fisiológicos, ni el reduccionismo fisiológico son satisfactorios para la aproximación a los complejos procesos psicológicos superiores.

En primera instancia, son los conocimientos psicológicos los que engendran la problemática fisiológica: es importante comprender psicológicamente y luego entonces traducir al lenguaje fisiológico (Leontiev, 1984). Esto resalta la necesidad de investigar la psicología de trastornos como la depresión, pues un mejor entendimiento en este nivel de análisis puede conducir a una mejor comprensión en el nivel fisiológico y neuropsicológico.

Para Zeigarnik (1981), el material psicopatológico permite observar la estructura de las distintas formas de la actividad psíquica normal; menciona que ya Pavlov indicaba que lo psicopatológico simplifica lo que se nos presenta oculto en la regla y que con frecuencia podemos detectar los factores psicológicos que son responsables de tal o cual estructura en la actividad cognoscitiva del enfermo.

Esta misma autora, recordando a Leontiev cuando este señaló que el análisis de la actividad debe realizarse estudiando las modificaciones de los motivos, menciona que la modificación de estos se estudiaba en dos escenarios: o en el curso del desarrollo ontogenético del niño, o provocado experimentalmente, pero que la alteración de los motivos también se observa en personas que padecen algunas formas de enfermedades psíquicas y que las leyes de modificación de la esfera motivadora del hombre puede ser establecida por el material patológico, pues aquí estas leyes se pueden determinar con mayor claridad debido a que el proceso de alteración de motivos, conceptos y valores transcurre con suficiente amplitud como para establecer sus distintos eslabones.

En el trastorno depresivo, la terapia cognitiva representa la aproximación basada en evidencias más efectiva para tratarlo. Sin embargo, su fundamento central, que postula la causalidad de la cognición en la aparición y mantenimiento del trastorno (cambiar la cognición es crítico para reducir la depresión y prevenir una recaída), ha sido puesto en duda; un gran número de estudios han mostrado que cualquier aproximación de tratamiento que reduzca exitosamente el estado de ánimo depresivo, incluyendo el tratamiento farmacológico, también reduce la frecuencia y la intensidad de las creencias negativas y actitudes disfuncionales (Gjelsvik et al., 2018).

Los sesgos y déficits en la cognición no pueden ser el único factor en la aparición y el mantenimiento del trastorno depresivo, y tampoco el cambio en estos contenidos representa el factor crítico mediador en la terapia cognitiva, como lo asume la teoría clásica (Gjelsvik et al., 2018).

Con todo, es importante entonces asumir un enfoque más amplio para comprender los procesos psíquicos, pues tal comprensión desembocaría en mejores aproximaciones terapéuticas en trastornos como la depresión. Tanto la teoría de la actividad como las teorías de la cognición corporizada parecen contemplar a la psique desde una perspectiva más extensa e integradora de lo que lo hace la postura cognitiva clásica,

misma que entiende a tales procesos como manipulación de información amodal desligada del sistema perceptivo.

II. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Melancholia hacía alusión, normalmente, a un desorden mental que implicaba un prolongado estado de miedo y depresión. El término tiene sus orígenes en una palabra griega que denotaba a la bilis negra, y se utilizaba tanto para nombrar a esta como a la enfermedad (Jackson, 1986).

A excepción de dos períodos en la historia occidental (la Edad Media y el siglo XX) la *melancholia* fue identificada como un desorden en el funcionamiento cerebral. Desde Hipócrates, fue identificada como una tristeza persistente y pensamientos mórbidos que tenían su origen en un desorden del cerebro. Fue con la incursión de la teoría psicodinámica de Freud que el interés por los aspectos biológicos de la enfermedad melancólica disminuyó, pues se propuso una base mental o psicológica para explicarla (Taylor y Fink, 2006).

El término “depresión” ha incursionado relativamente tarde en la terminología de los estados de ánimo afligidos, no entrando en el uso de habla inglesa sino hasta el siglo XVII, aunque fue en el siglo XVIII cuando la palabra comenzó a tener su lugar en los debates sobre la *melancholia*. Ya en el siglo XIX el término se utilizó frecuentemente en textos literarios, con el significado de bajo de espíritu, de *melancholia* en el sentido médico y en el sentido coloquial. En la última parte de este siglo, los usos descriptivos de “depresión” para indicar estado de ánimo se hicieron muy comunes, aunque el término diagnóstico seguía siendo el de *melancholia* (Jackson, 1986)

Fue con Adolf Meyer que se puso el énfasis en utilizar el término depresión en lugar de *melancholia*, pues pensaba que el primero expresaba sin pretensiones exactamente lo que se indica en el uso común del otro (Jackson, 1986). Fue él quien determinó que los desórdenes depresivos eran reacciones individuales anormales, lo cual fue un criterio determinante para la clasificación de los desórdenes psiquiátricos que hizo la Asociación Psiquiátrica Americana.

Finalmente, procedimientos como la terapia de choque con insulina, la terapia electroconvulsiva y la leucotomía desafiaron al modelo psicodinámico. El éxito relativo de aquellos tratamientos al relajar rápidamente las enfermedades psiquiátricas más severas cambió la práctica clínica psiquiátrica y de nuevo se dirigió la atención al cerebro como foco central de los trastornos mentales (Taylor y Fink, 2006).

Hacia los años sesenta, ni el DSM-II ni la CIE 8 tenían confiabilidad para hacer el diagnóstico de la depresión. La Asociación Psiquiátrica Americana actualizó en 1980 la clasificación oficial en el DSM-III, manual en el que finalmente se dio el nombre de “depresión mayor”: aquí, aun cuando no había una teoría definida sobre los trastornos psiquiátricos, las categorías fueron un consenso entre los observadores usando diferentes textos, experiencias clínicas personales, y diferentes teorías psicológicas y farmacológicas como directrices. Una posterior insatisfacción con estas clasificaciones llevó a la Asociación a reformular los criterios en 1987, con el DSM-III-R y en 1994, con el DSM-IV (Taylor y Fink, 2006).

Finalmente, los criterios más actuales en el DSM-5 (American Psychiatric Association, 2014) para hacer el diagnóstico de trastorno de depresión mayor son:

A. Tener cinco o más de los siguientes síntomas durante dos semanas, lo cual representa un cambio en el funcionamiento previo. De estos síntomas, al menos uno es el estado de ánimo deprimido o pérdida de interés o de placer.

1. Estado de ánimo deprimido la mayor parte del día, casi todos los días, según se desprende de la información subjetiva o de la observación por parte de otras personas.

2. Disminución importante del interés o el placer por todas o casi todas las actividades la mayor parte del día, casi todos los días.

3. Pérdida importante de peso sin hacer dieta o aumento de peso, o disminución o aumento del apetito casi todos los días.

4. Insomnio o hipersomnias casi todos los días.

5. Agitación o retraso psicomotor casi todos los días.

6. Fatiga o pérdida de energía casi todos los días.

7. Sentimiento de culpabilidad o inutilidad excesiva o inapropiada casi todos los días.

8. Disminución de la capacidad para pensar o concentrarse, o para tomar decisiones, casi todos los días.

9. Pensamientos de muerte recurrentes, ideas suicidas recurrentes sin un plan determinado, intento de suicidio o un plan específico para llevarlo a cabo.

B. Los síntomas causan malestar significativo o deterioro en lo social, laboral u otras áreas importantes del funcionamiento.

C. El episodio no se puede atribuir a los efectos fisiológicos de una sustancia o de otra afección médica.

D. El episodio no se explica mejor por un trastorno esquizoafectivo, esquizofrenia, trastorno esquizofreniforme, trastorno delirante u otro trastorno dentro del espectro de la esquizofrenia y otros trastornos psicóticos.

E. Nunca ha habido un episodio maníaco o hipomaníaco.

III. MARCO TEÓRICO

3.1 El estudio de las emociones

Antes de tratar sobre la esfera emocional desde el enfoque histórico-cultural, conviene abordar de manera breve la historia de las diferentes nociones respecto de las emociones desde distintas perspectivas.

La idea generalmente extendida del dominio de la razón sobre las emociones es tan antigua que se remonta a la Grecia de Platón y Aristóteles. Esta concepción racionalista contempla a la razón como el elemento fundamental en cuanto a la naturaleza del hombre, por lo que las emociones, vistas desde una estructura jerárquica, quedarían en un plano inferior y estarían sometidas al control voluntario del intelecto (la alegoría del esclavo y el amo). Platón consideró a las emociones como algo que confunde, interrumpe y se entromete en el camino de la razón (Strongman, 2003).

Aristóteles, a diferencia de Platón (quien dividió a la mente o alma en “razón”, “apetito” y “espíritu”: a saber, dominio cognitivo, volitivo y afectivo), concibió al alma como una unidad en sus aspectos racionales e irracionales, y asumió que las emociones conllevan elementos del intelecto tales como creencias y expectativas (Fernández-Abascal et al., 2010). Este filósofo estudió a las emociones desde una perspectiva amplia y en consonancia con las inquietudes de su época, pues trataba sobre ellas en el contexto de la ética, argumentando que estas eran centrales y esenciales para una buena vida (Solomon, 2008).

Para los estoicos como Séneca y Crisipo, las emociones fueron concebidas como errores que conducían a la miseria: como respuesta ante tales errores, planteaban una indiferencia psíquica defensiva ante ellas, una razón de alto valor que hiciera trascender las vanidades del mundo social, y así, la mejor vida podría alcanzarse solamente aceptando la inutilidad de los apegos emocionales (Solomon, 2008).

Otro referente importante en el estudio de las emociones, y quien también realizó una separación en los dominios que rigen la naturaleza humana, es René Descartes (1596-1650). Las emociones las entendía como el resultado de la interacción entre el alma y el cuerpo, facilitada por la glándula pineal: los espíritus animales podrían mover los músculos y producir las emociones junto con sus manifestaciones físicas, toda vez que la percepción de la activación del organismo da lugar a la emoción (Fernández-Abascal et al., 2010). Lo esencial en su pensamiento es esa experiencia consciente que ocurre en el alma: los animales, por lo tanto, actúan automáticamente al experimentar la emoción, pero la experiencia es imposible para ellos (Strongman, 2003).

Descartes desdeñó el aspecto corporal insistiendo que la mente es una sustancia separada del cuerpo. Las emociones son una especie de “pasión”, la cual definió como las percepciones o sentimientos del alma que relacionamos específicamente a ella, y que son causadas, mantenidos y fortalecidas por los espíritus animales: son pasiones perturbadoras, pero aún susceptibles de ser influidas por la razón, por lo que en realidad tenían un lugar importante para una buena vida en el sentido de que fortalecen y perpetúan en el alma los pensamientos que resulta conveniente preservar. El daño de las emociones radica en que

pueden fortalecer unos pensamientos más de lo necesario, o pueden conservar otros que no valen la pena (Solomon, 2008).

Las emociones también fueron consideradas como juicios equivocados por Baruch Spinoza (1632-1677), como una especie de pensamientos que malinterpretan al mundo y nos hacen miserables y nos frustran, pero a diferencia de los estoicos, él no vio a la indiferencia psíquica como la respuesta defensiva conveniente ante aquellas, sino a la beatitud y a la unión con dios, renunciando a la idea de que podemos tener el control de nuestras vidas (Solomon, 2008).

Darwin (1809-1882) es otro referente importante que estudió el tema. Intentó colocar al ser humano dentro de un continuo con otras especies, basándose en su documentación sobre expresiones emocionales (Strongman, 2003). Ofreció tres principios como forma de interpretar las expresiones emocionales: el principio de hábitos útiles asociados, que reconoce la función adaptativa de la expresión emocional; el principio de antítesis, que entiende a la expresión emocional como conformada por categorías expresivas morfológicamente opuestas; y el principio de acción directa del sistema nervioso, que se refiere a la coordinación de los otros principios (Fernández-Abascal et al., 2010).

Posteriormente, con la aparición de las teorías de James y Lange en la segunda mitad del siglo XIX, las cuales contradecían a la teoría clásica y ponían la causa de las emociones en la excitación periférica, parecía vislumbrarse un panorama de gran interés científico ante un tema tan difícil de ser abordado. Sin embargo, estas teorías fueron poco más que una transliteración de posturas que ya habían sido abordadas anteriormente, y específicamente respecto a la base orgánica de las emociones.

El período en el que surgieron aquellas teorías coincide con la separación académica de la filosofía y la psicología, por lo que ambas disciplinas comenzaron a abordar el tema con sus respectivos métodos de estudio (Solomon, 2008).

Las tesis de dichas teorías planteaban que la experiencia emocional resultaba imposible si no sucedía la activación simpática del sistema nervioso autónomo, por lo que aquella se reducía al nivel de activación de este sistema, mientras el papel del procesamiento central, superior, quedaba al margen. Fueron necesarios experimentos con animales y la observación cuidadosa de casos clínicos para evidenciar que la corteza cerebral tiene un rol crucial en el procesamiento emocional.

Después de analizar el comportamiento de animales a los que se les cortó el nervio vago para eliminar las principales manifestaciones corporales de las emociones que sucedían por vía refleja, se notó que aun presentaban reacciones afectivas, por lo que se llegó a la conclusión de que el cerebro continúa facilitándolas aun después de haber sido separado de los órganos internos y de los grupos importantes de músculos del esqueleto. De este modo, podía pensarse también que la manifestación visceral de las emociones no es el aspecto primordial, como lo señalaban las teorías organicistas de James y Lange (Vygotski, 2004). No es el aspecto primordial, aunque esto no implica asegurar que resulta innecesario para la facilitación del fenómeno.

Walter Cannon (1871-1945) añadió otras objeciones a la teoría James-Lange, entre las que figuraban que: hay cambios viscerales que no se distinguen y producen emociones diversas, asimismo, se producen en estados no emocionales; las vísceras son un tanto incapaces de proporcionar una diferenciación precisa de los procesos fisiológicos; la inducción de reacciones viscerales en forma artificial no provoca reacciones emocionales (Fernández-Abascal et al., 2010).

Fue así como se propuso la teoría emergentista de las emociones, que postula que los cambios corporales cumplen la función general de preparar al organismo para actuar en situaciones de emergencia, pero estos cambios autonómicos y somáticos son considerados no como antecedentes causales sino como aparejados a la función de preparación metabólica para enfrentar una situación de peligro (Fernández-Abascal et al., 2010).

Las objeciones que realizó Cannon a la teoría James-Lange le condujeron a delimitar que el aspecto neurofisiológico de la expresión emocional era subcortical, específicamente talámico. Declaró que todas las emociones dependen de una cadena similar de eventos: esto es, una situación ambiental estimula los receptores que conducen la información hacia la corteza; la corteza estimula al tálamo, mismo que actúa en patrones correspondientes a expresiones emocionales particulares. Así, cuando el tálamo realiza su descarga, se experimenta la emoción casi simultáneamente a los cambios corporales (Strongman, 2003).

Si retomamos la teoría James-Lange puede aducirse que: el fondo de la cuestión no reside en la existencia de modificaciones viscerales durante las emociones sino, por un lado, en la relación existente entre esas modificaciones corporales y el contenido psicológico y la estructura de las emociones, y por el otro, en su significado funcional. Fue pues en parte, con el descubrimiento de la implicación del tálamo en el procesamiento emocional que se pudo dar un giro en el estudio experimental de las emociones, pues este pasó de la periferia al cerebro (Vygotski, 2004).

El hecho de la inclusión del tálamo en el procesamiento emocional resulta curioso por los efectos que tuvo en la concepción de los afectos y su relación con la corteza cerebral. Podría decirse que fue el cimiento que aportó la ciencia fisiológica para construir psicológicamente un modelo de funcionamiento emocional que no se redujera a la simple excitación del sistema simpático.

La teoría que involucra al tálamo y a sus conexiones con la corteza, y que establece una interacción extremadamente compleja entre los centros subcorticales y corticales en los procesos de la emoción, propicia la conceptualización del estado psíquico y las modificaciones orgánicas como un todo, y se acerca considerablemente a la idea de hacer posible la explicación de toda la complejidad de las relaciones reales entre el afecto y la consciencia, relaciones que constituyen un hecho psicológico indiscutible (Vygotski, 2004). Se rescató pues a la doctrina de los afectos de la casilla en la que se le había arrinconado, como simples perturbaciones del estado corporal basal.

Considerando ahora a la orientación conductual en el estudio de las emociones, esta toma en cuenta solamente los principios del aprendizaje y se centra más específicamente al abordaje del miedo/ansiedad.

Se entiende que la base de las emociones se encuentra en las respuestas incondicionadas que a través del aprendizaje transmiten sus propiedades afectivas. Los conceptos relacionados con la cognición y con la activación biológica son poco abordados, pues lo que interesa especialmente son las leyes del aprendizaje de la conducta emocional. Esta conducta entonces es el conjunto de respuestas observables que, al igual que cualquier otra respuesta, puede ser condicionada (Fernández-Abascal et al., 2010).

La orientación conductual comenzó en su mayoría con Watson, quien postuló tres tipos de reacciones emocionales fundamentales: el miedo, la ira y el amor. Aparte de esto, su énfasis en la conducta más que en el sentimiento o estados internos tuvo gran repercusión para ideas futuras (Strongman, 2003).

La mayoría de las aproximaciones conductuales son muy simples, y su problema es que no van lo suficientemente lejos: remueven el componente subjetivo de las emociones y tratan, aunque no siempre con éxito, de mantener la cognición fuera de la acción, lo cual le resta riqueza a la complejidad de las emociones (Strongman, 2003).

La aproximación cognitiva, por otro lado, generalmente asume que las emociones son desencadenadas por un tipo especial de actividad mental que tiene como función evaluar los acontecimientos en términos de su relevancia personal: es el significado que se dan a los acontecimientos en virtud de sus implicaciones para el propio bienestar y para el logro de las propias metas lo que constituye el determinante primario en la mayoría de las emociones. Esto, claro está, si se entiende por cognición un procesamiento activo de información (Fernández-Abascal et al., 2010).

El punto particular en las teorías de esta postura es que han dado su lugar a la cognición, y en algunos casos, han dejado de lado casi por completo a otros aspectos de la emoción. Algunos teóricos han ahondado con gran detalle en los procesos cognoscitivos que pudieran estar involucrados, mientras que otros se han involucrado de manera importante en el discernimiento de la naturaleza entre emoción y cognición (Strongman, 2003).

Fueron los trabajos de Gregorio Marañón los que sirvieron de base para desarrollar teorías como la de Schachter y Singer (1962), que defiende que la activación fisiológica es necesaria para que se produzca la emoción, pero la percepción de esta activación no es suficiente. La activación indiferenciada determinaría la intensidad de la emoción, pero su cualidad estaría determinada por la interpretación. A aquellos autores se les atribuye la inclusión de los procesos cognitivos para comprender cómo sucede una emoción (Fernández-Abascal et al., 2010).

Uno de los principales representantes de la orientación cognitiva es Richard Lazarus, quien considera el aspecto de la evaluación cognitiva como de los principales para entender el procesamiento emocional. Evaluamos cada estímulo que encontramos con respecto a la relevancia o significancia personal (Strongman, 2003).

Kemper y Lazarus (1991), sugieren que su propuesta es una teoría de sistema, lo cual implica que el proceso de la emoción involucra diversas variables interdependientes organizadas en una configuración.

Hay dos principios independientes reflejados en la emoción: el principio del proceso se ocupa del cambio, y el principio de la estructura se refiere a las relaciones estables entre la persona y el entorno que producen patrones emocionales consistentes en un individuo. Por su parte, el principio del desarrollo implica que la emoción se altera a través de la vida, lo cual está determinado por factores biológicos y sociales. El principio de la especificidad sugiere que los procesos son distintivos para cada emoción. Finalmente, el principio del significado relacional sugiere que cada emoción es definida por un único significado relacional.

Lazarus (1991) ha nombrado a su propuesta como teoría cognitiva-motivacional-relacional de la emoción: es relacional porque las emociones siempre tienen que ver con la relación entre el sujeto y su entorno, la cual involucra daños (emociones negativas) y beneficios (emociones positivas), y en donde cada emoción tiene su particular tema relacional nuclear, los cuales son universales; es motivacional porque las emociones son reacciones al estado de los objetivos dentro de los encuentros cotidianos de la vida, el concepto de motivación ayuda a entender qué hace a un encuentro relevante personalmente, una fuente de daño o de beneficio, y por lo tanto, un encuentro emocional; es cognitiva porque involucra el conocimiento y la evaluación de los encuentros cotidianos, siendo este último un factor clave en la evolución de los procesos de adaptación, incluido el proceso emocional.

Solamente como resultado de la evaluación e interpretación de los fenómenos, estos se convierten en emocionales. La mejor manera de justificar la existencia del concepto de emoción (de alguna manera, delimitarlo) es: 1) cada emoción, definida por su particular tema relacional y su patrón de evaluación e interpretación, involucra a sus propias tendencias innatas de acción; 2) cada emoción tiene su particular patrón de cambios fisiológicos; 3) la especificidad en la respuesta fisiológica puede ser pensada, en parte, como resultado de la tendencia a la acción que es generada en cada emoción (Lazarus, 1991).

Al ser la evaluación un aspecto determinante para que el proceso emocional ocurra, se entra en un conflicto cuando aquella pareciera inexistente o pareciera suceder de forma automática e inconsciente. Ante esto, el autor propone concebir a tal proceso cognitivo-evaluador también como sucediendo en distintos niveles, uno en el que sucede automáticamente sin necesidad de control voluntario, y otro en el que el fenómeno es deliberado y voluntario: esta distinción, a su entender, vuelve sostenible su posición de que “la actividad cognitiva es necesaria para la emoción, puesto que aun cuando puedan ser apresuradas e inmaduras en cuanto al desarrollo, las evaluaciones pueden ocurrir en niños pequeños” (Lazarus, 1991, p. 825).

Un proceso de evaluación/interpretación es evidentemente actividad cognitiva, pero no toda actividad cognitiva sería un proceso evaluativo o interpretativo. Es aquí pues uno de los puntos fundamentales para considerar en la teoría de Lazarus, y en general, de la postura cognitiva: es decir, pareciera que el término “cognición” es una especie de concepto sombrilla que cada vez más iría abarcando fenómenos que ya no son tan fácilmente identificados con el concepto clásico. Si en favor de mantener la supremacía de conceptos de índole intelectual (“cognición”, “razón”, “intelecto”) se nombran fenómenos tan diversos bajo constructos tipo sombrilla, obviamente se estará cayendo en rodeos y toda teorización

volverá siempre al lugar desde el cual se partió, redundando o añadiendo todavía más denominaciones hasta hacer una lista interminable que derive en una complejización innecesaria del fenómeno y una obstaculización de su comprensión.

Entender pues a la cognición como un proceso meramente intelectual (por más automático e inconsciente que este sea) conduce a valorar el proceso de conocer el mundo como determinado solamente por esta facultad. De concepciones como esta, que parecen reducir la vida psíquica a la facultad para procesar información intelectualmente, se entiende que surjan reacciones como las de Vygotski (1993) en donde intuye la presencia de la respuesta última al análisis del intelecto en la relación entre este con el afecto, en la forma en que las motivaciones, intereses y emociones originan al pensamiento. Por eso, ante el modelo cognitivo clásico, la postura de la cognición corporizada parece más acertada en la contemplación más integral del fenómeno de la cognición, y ubica al ser-cuerpo (no solamente ser-mente) en relación con su entorno como el agente que conoce, con todas sus posibilidades, incluyendo las sensoriales.

La concepción del proceso cognoscitivo como aparejada al pensamiento y al intelecto, reduce las posibilidades de comprensión del fenómeno emocional y de los fenómenos psíquicos en general. Pero esta reducción no es exclusiva del enfoque cognitivo, sino, como se verá más adelante, el propio enfoque histórico-cultural se quedó corto al ignorar constructos de Vygotski (2013) como “vivencia”, mismo con el que se trató de encontrar la unidad de todos los procesos psíquicos superiores que tradicionalmente se abordaban (y se abordan) de manera atomista.

3.2 El enfoque histórico-cultural

El enfoque histórico-cultural está fundamentado en los estudios de Vygotski, quien llegó a la conclusión de que la ley genética del desarrollo psicológico podría concebirse como que toda función en la ontogenia aparece en escena dos veces: primero en el plano intersíquico o social, y después en el plano intrapsíquico o psicológico (Vygotski, 1991).

El cambio de planos sucede a través de un desarrollo que aquel autor identificó mediante estudios experimentales, en los que se percató de que posterior a la forma natural o primitiva de las funciones psicológicas, el niño recurría a la utilización ingenua del signo; después se presentaba la mediación externa de la función y, finalmente, se daba el arraigo mediante la utilización interna del signo. La base de la actividad intelectual es pues el entramado de relaciones personales que se dan en el contexto de la actividad práctica, por esta razón, considerar a la cognición como una facultad desarraigada del cuerpo en interacción con otros cuerpos humanos, resulta difícil de concebir.

El signo es uno de los conceptos clave. Mediante el principio de significación, el hombre forma desde fuera conexiones en el cerebro, y a través de él se gobierna a sí mismo: el sistema de signos más importante es el lenguaje (Vygotski, 1991). Este desarrollo cerebral está regido por tres leyes

fundamentales: la del paso de las funciones hacia arriba, la de la conservación de la actividad de los centros inferiores y la de la emancipación de los centros nerviosos (Vygotski, 2013).

Todo aquel trabajo conceptual y experimental permitió el desarrollo de la teoría de la actividad, misma que intenta situar al ser humano en su totalidad como producto de la relación de este con el mundo exterior, en el que se objetiva su actividad dentro de un entorno de interacciones con otros seres humanos.

Según Leontiev (1984) en su teoría de la actividad, la cuestión psicológica fundamental reside en comprender en qué consiste el objeto del deseo y la pasión del ser humano (para lo cual las emociones son indispensables). Las emociones, al estar relacionadas con el motivo rector o generador de sentido, tienen un desarrollo positivo y no son solamente rudimentos. Asimismo, otro enfoque fundamental en el problema de las emociones consiste en investigar las relaciones entre los motivos, pues al establecerse caracterizan la estructura de la personalidad y la esfera de las vivencias emocionales que reflejan y mediatizan su funcionamiento.

Las relaciones entre motivos relativamente estables, que Leontiev (1984) entendió como la base de la personalidad, son las responsables del sentido personal, que a la vez crea la parcialidad de la consciencia humana. Tal sentido personal está determinado por los motivos predominantes de la actividad, cuya presencia no evita la existencia de motivos complementarios (Zeigarnik, 1981). Leontiev (1984) llamó “motivos generadores de sentido” a aquellos que además de impulsar la actividad, le dan sentido, y a los otros los llamó “motivos-estímulos”. La actividad del hombre es pues, poli-motivada. Para este autor, aun cuando se reveló que la expresión concreta de las funciones psicofisiológicas se modifica en dependencia del contenido de la actividad del sujeto, la tarea científica no consiste en constatar esa dependencia, sino en investigar las transformaciones de la actividad que conducen a reestructurar el conjunto de las funciones psicofisiológicas cerebrales.

Ya mencionado anteriormente el tema de la parcialidad del sujeto, de su subjetividad, tal vez se debería de recorrer un poco más atrás en el camino de la teorización sobre la forma en que se construye el reflejo psíquico de la realidad. Para ello, Leontiev (1984) destaca la gran aportación que hizo Pavlov al problema del reflejo con su teoría reflexológica sobre la actividad nerviosa superior: señaló que con esto el centro de las investigaciones se desplazó sustancialmente, pues la función psíquica del cerebro apareció como producto y condición de los vínculos reales del organismo con el medio actuante sobre él. Así, los fenómenos cerebrales se concibieron desde el ángulo de la interacción que los engendra: la psique humana, una vez más, difícilmente podría concebirse como un sistema puro de cogniciones amodales que se desprende enteramente del entramado de interacciones que le otorgó sus cimientos.

Es preciso señalar que el vínculo de la imagen subjetiva reflejada con aquello que es reflejado no se traduce en una relación de “modelado-modelo”, pues el reflejo psíquico es de carácter activo incluso en el nivel sensorial, en donde los eslabones eferentes en los procesos de la percepción tienen un papel decisivo.

La tesis de que el reflejo psíquico de la realidad es su imagen subjetiva indica que la imagen pertenece al sujeto real de la vida. Pero el concepto de subjetividad de la imagen en el sentido de su pertenencia al sujeto de la vida implica a su actividad. El vínculo de la imagen con lo reflejado no es el de dos objetos que se encuentran en una misma relación uno con otro, por lo que un esquema de relación de tipo “modelo-modelado” queda fuera para poder dar cuenta de la verdadera complejidad de aquella interacción (Leontiev, 1984).

Muy relacionado con el reflejo psíquico, encontramos el concepto de consciencia, que Leontiev (1984) entendió como un nivel superior, humano, del reflejo psíquico, como una realidad psíquica que se revela a la persona de forma directa. De este modo, lo psíquico no necesariamente es consciente. La consciencia como cuadro del mundo que se revela a la persona incluye a la persona misma, a sus acciones y a sus estados. Señaló que, para entender adecuadamente a la consciencia, lo esencial es no considerarlo desde un punto de vista idealista en el que se concibe como un conjunto de fenómenos psíquicos que anteceden y objetivan la actividad. Por el contrario, debería de entenderse como producto subjetivo, como forma transfigurada de las relaciones sociales inmersas en la actividad del ser humano en el mundo objetivo, que es material/sensorial. Sin embargo, este abordaje de la consciencia es uno de los aspectos mayormente expuestos a la crítica, pues al concebirla como producto le resta dinamismo y disminuye el papel activo del sujeto en la conformación de ese nivel superior del reflejo psíquico.

Tal vez con la intención de no considerar a la consciencia desde el idealismo, la teoría de la actividad se alejó del estudio de la subjetividad y de cómo esta podría ser la moldeadora de la de la vida del sujeto. Una reflexión muy importante es que, para Vygotski (1983), el análisis psicológico de una expresión humana no está completo hasta que no se alcanza el plano de las motivaciones, de la base afectiva-volitiva. Constructos como “sentido” y “vivencia”, que intentaron dar cuenta de la unidad cognición-emoción, quedaron inacabados y finalmente no se retomaron en los trabajos de los teóricos del grupo de Jarkov. Debido a esta omisión, la esfera de los motivos quedó reducida a la función de estimular la actividad (González-Rey, 2010).

Aunque el tema de la unidad del sistema psicológico, entendida como la integración del pensamiento y los procesos afectivos, estuvo presente de manera importante en las bases teóricas del enfoque histórico-cultural, se podrá notar que este fue escasamente abordado por la teoría de la actividad y sus seguidores.

3.2.1 La esfera emocional en el enfoque histórico-cultural

Las emociones representan un área muy importante dentro de la investigación psicológica y neuropsicológica. Para Leontiev (1984), estas juegan un papel primordial en la actividad de las personas, pues cumplen el rol de sancionarle o gratificarle: es mediante las emociones, vistas también como “señales-

vivencia”, que se puede hacer un camino de rodeo para esclarecer los motivos verdaderos de la actividad del individuo.

Vygotski (2004), hace casi cien años, dio con el punto crítico que puede caracterizar el estado de las cosas en relación con uno de los temas centrales que aborda este proyecto: la esfera afectiva. Para él, si se comparara el estado actual (en ese entonces) de la teoría de los afectos con los demás sectores fundamentales de la psicología contemporánea, es inevitable ver que representa una desconsoladora excepción en la serie de los capítulos de dicha psicología. Explicó que esta situación puede comprenderse fácilmente como algo condicionado por toda la historia del desarrollo del pensamiento psicológico científico, y que pone a la doctrina de las pasiones en una situación de clara inferioridad respecto a todos los demás capítulos, siendo quizás el más esencial.

Cabría preguntarse pues si las emociones, al ser procesos comúnmente más asociados al cuerpo y al sistema sensorial más que al intelecto, se alejan de la visión hegemónica del hombre racional que fundamenta su existencia en la facultad para pensar. Problemas de este tipo en la historia del desarrollo del pensamiento científico también son señalados por autores como Fernández-Guardiola (1979): en su caso, para explicar el retraso en la valoración de los factores sociales en la estructuración de la actividad nerviosa, y apunta que tal retraso se debe a la herencia positivista y determinista, por un lado, y por otro, a la pertenencia de los científicos por lo general a una clase dominante que ve con horror la aplicación política del materialismo social. Aun así, él vislumbra buenos tiempos para el problema de la comunicación entre científicos y filósofos con el desarrollo de la filosofía de la ciencia y de la epistemología.

Un referente importante y más actual dentro del enfoque histórico-cultural en relación con la investigación de las emociones y la desestructuración de la actividad ante los trastornos afectivos fue Bulma Zeigarnik (1981), quien siguiendo los postulados de Leontiev (1984) en cuanto al sistema jerárquico de motivos como la base de la personalidad, concluyó que es de vital importancia el estudio de este sistema en cada paciente para la posterior evolución de su estado psicológico y el entendimiento general de la estructura del defecto.

Zeigarnik (1981) destacó el hecho de que la enfermedad psíquica, al destruir la sucesión de motivos y reducir su función de formación de nuevos significados, proporciona a los científicos valiosos hechos reales para la comprobación y demostración de los postulados teóricos de la psicología general. Esto es posible, señaló, porque los trastornos afectivos frecuentemente conducen no sólo a la destrucción de los procesos ya formados de los motivos y necesidades, sino también a la formación de otros nuevos (patológicos), a la aparición de nuevas propiedades y rasgos de la personalidad.

Aquella autora se detuvo en el problema de los mecanismos psicológicos que podrían provocar varios fenómenos psicopatológicos. Así, junto con los mecanismos fisiológicos-cerebrales de los desequilibrios mentales, se pueden distinguir tipos psicológicos de tales mecanismos. A la par, puso especial atención en el estudio del rol y el lugar de la actividad del paciente en la formación del síntoma (Nikolaeva, 2011). Resulta muy acertada su visión de en cuanto a la forma de aproximarse al estudio de

personas con trastornos afectivos, la cual debe de caracterizarse por incluir las particularidades de la actividad mental y el aspecto cualitativo de la alteración, así como las posibilidades de compensación.

Además del rol y el lugar de la actividad del paciente para comprender la formación del síntoma y la instauración de la psicopatología, conviene aquí mencionar el aspecto de la subjetividad. González-Rey (2010) ha lamentado cómo la representación de la psique humana ha sido uno de los aspectos más omitidos por las distintas formas de apropiación del pensamiento Vygotskiano en Occidente: tal desconocimiento, en su opinión, llevó a omitir lo que probablemente fue la mayor contribución: la refundación de una representación general de la psique humana en las condiciones de su desarrollo cultural.

Anteriormente en este documento se mencionó que Vygotski (1993) consideró en sus disertaciones el “último porqué” en el análisis del intelecto, refiriéndose al hecho de que este se origina a partir de las motivaciones, deseos, intereses y emociones, por lo que detrás de cada pensamiento habría una tendencia afectiva-volitiva. Para este autor:

La primera cuestión que emerge cuando consideramos la relación entre pensamiento y lenguaje y los otros aspectos de la vida de la consciencia, tiene que ver con la conexión entre el intelecto y el afecto. Entre los mayores defectos básicos de las aproximaciones tradicionales al estudio de la Psicología ha estado el aislamiento del aspecto intelectual de los aspectos volitivos y afectivos de la consciencia. La inevitable consecuencia del aislamiento de estas funciones ha sido la transformación del pensamiento en una corriente autónoma. (González-Rey, 2010).

Con el “sentido”, Vygotski intentó apoyar la conexión entre el intelecto y el afecto. Este intento de mostrar tan compleja relación como un sistema en movimiento abre una enorme senda para “entender lo mental desde una postura que no se apoya en el análisis de las partes, sino en la comprensión dinámica de la psique como sistema” (González-Rey, 2010, p. 244).

El sentido es crucial para explicar las peculiaridades del lenguaje interno, pues en este, el significado de la palabra permanece en un segundo plano después del sentido de esta; la distinción entre ambos es atribuida a Paulhan, quien apunta que el sentido es la suma de todos los sucesos psicológicos que la palabra provoca en nuestra consciencia, es un fenómeno complejo y móvil que cambia en las diferentes mentes y situaciones y es casi ilimitado (Vygotski, 1993). Si es casi ilimitado, entonces puede resultar comprensible por qué este concepto fue tan difícil de abordar para la teoría de la actividad, fundamentada más bien en la base materialista de los procesos mentales.

González-Rey (2010) critica a la teoría de la actividad en cuanto a la conceptualización de “sentido personal”, pues cree que está reducida y no abarca la complejidad y el dinamismo que tenía originalmente: el sentido fue definido como un momento de la actividad y no como una unidad de la vida psíquica, se comprendió como la relación entre el motivo y los objetivos de la actividad.

Son tres los defectos principales en esa concepción: primero, la comprensión del sentido personal como reflejo de las relaciones entre personalidad y los objetos (lo cual revela la tendencia a la

“objetivación” que hegemonizó la teoría de la actividad); segundo, se define como resultado de la asimilación y no como producción o creación; tercero, es visto como resultado de la interiorización (González-Rey, 2010). Es decir, a pesar de que Leontiev (1984) expone la parcialidad de la consciencia humana debido a la existencia de los sentidos personales, la actividad y su estructura sigue siendo para él la única manera de explicar la formación de estos sentidos, y estos representan solamente un momento o una pieza más dentro de esta estructura:

Aunque en las etapas primitivas de formación de la consciencia los significados aparecen junto con los sentidos personales, en esta fusión está contenida ya implícitamente su falta de coincidencia, que adquiere más adelante sus formas abiertas, explícitas. Esto último es lo que hace necesario distinguir en el análisis el sentido personal como un sistema más que conforma la consciencia individual. Son ellos los que crean ese plano “oculto” de la consciencia -según la expresión de Vygotski- que suele interpretarse en psicología no como formado en la actividad de los sujetos, en el desarrollo de su motivación, sino como si expresaran de manera directa las fuerzas motrices internas incluidas desde el comienzo en la propia naturaleza del hombre (Leontiev, 1984, p.120).

Se puede aceptar su postura en cuanto a lo insensato de acudir a explicaciones idealistas para aclarar esa formación de los sentidos personales y de la consecuente parcialidad de la consciencia. Sin embargo, esto no hace mérito al pensamiento Vygotskiano y a su gran interés por continuar investigando aquel último porqué en las explicaciones sobre el pensamiento. Rubinstein (1976) atinadamente señaló que aun cuando la mente sólo puede ser conocida condicionalmente a través de la actividad del hombre y de los productos de esta actividad, en esta concepción no debe ser excluida la introspección, pues la objetividad en la psicología no se consigue excluyendo a la mente, sino transformando sustancialmente la concepción de consciencia humana y de actividad humana. Esta transformación pues es la que es necesario alcanzar.

Una de las causas para que la teoría de la actividad haya dejado de lado este asunto, es la situación creada por el reconocimiento político oficial que hizo de la “actividad en relación con su objeto” el principal concepto de la psicología soviética alrededor del cual todos los otros temas psicológicos fueron explicados, y así, conceptos como el “sentido” y “perezhivanie”, que involucraron unidades cognitivo-afectivas, fueron excluidos de la psicología soviética (González Rey, 2015, p. 122).

El problema de las unidades cognitivo-afectivas y lo limitado de los conceptos para abarcar esta integridad puede notarse también en la manera en que Smirnova explica el desarrollo de la voluntad y la voluntariedad en la ontogenia temprana, en donde el significado y el sentido tienen su particular participación. Señaló que si se intentara determinar la particularidad de la acción volitiva y la acción voluntaria en los términos del significado y sentido, entonces el proceso de la acción volitiva podría determinarse como el proceso de darle el sentido al significado de uno u otro objeto en calidad de objeto significativo para la personalidad que funge como su impulso, mientras que la formación de la actividad voluntaria se podría entender como el proceso de darle el significado al sentido de las acciones propias (Solovieva y Quintanar, 2010).

La hipótesis de Smirnova es que, a pesar de que la acción volitiva y la voluntaria ocupan lugares diferentes en la estructura de la actividad, tanto la voluntad como la voluntariedad se desarrollan en una unidad inseparable. Cada etapa del desarrollo de la voluntariedad presupone la formación de motivos nuevos, mismos que no solamente se someten a los viejos, sino que también impulsan a dominar la conducta propia.

Sobre el problema de las fuentes y fuerzas que actúan para la formación de nuevos motivos en la ontogenia temprana, propone a la comunicación con el adulto como pieza clave, pues al ser este el que dirige el desarrollo psicológico del niño, siendo el portador de los medios y métodos de la actividad, participa a la vez como la representación real y viva de aquellos niveles de motivación y de los sentidos; la motivación propia del niño, como cualquier otra función psicológica, aparece dos veces: inicialmente como dividida entre el niño y el adulto y después se convierte en la relación interna (Solovieva y Quintanar, 2010).

Lo interesante aparece cuando señaló que el medio de traspaso de los niveles del sentido debe ser principalmente distinto que el medio de traspaso de los medios, en donde la enseñanza directa o la asimilación a través de la imitación es imposible: por esto, mencionó que puede suponerse que en la esfera del sentido actúan otros mecanismos, como la inclusión, el contagio, la compasión o la congestión, los cuales implican una actividad de traspaso por parte del adulto, y no solamente de adquisición por parte del niño. Sin embargo, no queda claro cómo es que sucede este traspaso o bajo cuáles mecanismos operan la inclusión y el contagio.

El hecho de que se haya reconocido que el desarrollo de los motivos tenga mecanismos distintos al desarrollo del aspecto técnico operacional de la actividad, representa una enorme área para la investigación dentro del enfoque histórico-cultural: vendría a aportar mayor conocimiento sobre la base afectivo-volitiva del pensamiento. Desafortunadamente no ha sido posible encontrar documentos en los que Smirnova haya plasmado los resultados de sus investigaciones al respecto, porque sí dejó claro que el análisis del contenido de los motivos y sus formas específicas en diferentes etapas de la ontogenia temprana, y la construcción de la línea genética única del desarrollo de la actividad voluntaria, constituyen el objetivo básico de su trabajo posterior.

Siguiendo el mismo tenor del desarrollo de los motivos, las ideas de Elkonin son una importante aportación también para el problema del dualismo y paralelismo respecto al estudio del desarrollo del intelecto y del desarrollo de la personalidad. Con sus razonamientos sobre la periodización del desarrollo en la edad infantil, este autor trata de dilucidar las fuerzas que impulsan a que el sistema psíquico de los niños, en sus relaciones con el mundo de los objetos y el mundo de las personas, se desarrolle de una forma en que culmine con una personalidad unificada que integre el aspecto técnico-operacional y el aspecto de las motivaciones y necesidades.

Se entiende que el motor fundamental de cualquiera de los dos aspectos de la personalidad es el deseo del niño de parecerse al adulto, de insertarse en la vida social dominando los medios que el adulto

domina y persiguiendo los objetivos que este persigue: sin embargo, sí dejó claro (Elkonin, 1989) que el mecanismo por el cual el niño llega a concebir al adulto como portador de los objetivos sociales de la actividad es un problema para investigaciones futuras.

La periodización del desarrollo infantil estaría marcada por una alternancia entre actividades rectoras dentro del sistema “niño-adulto social” y el sistema “niño-objeto social” (Elkonin, 1989). Dentro de esta periodización, la adolescencia es una etapa fundamental para la formación de los puntos de vista determinados sobre la vida en general, sobre las relaciones con otras personas y sobre su propio futuro: es decir, en esta etapa se forman los sentidos personales de la vida (Elkonin, 1989).

Lo anterior es de gran importancia para efectos de este trabajo, pues si consideramos la desestructuración de la esfera de motivos que se suscita en los trastornos emocionales, y en especial en el trastorno depresivo, cabe preguntarse qué relación tiene este padecimiento con aquella formación de los sentidos personales que tuvo su punto álgido durante la comunicación interpersonal en los años de la adolescencia. Esta relación representa una vertiente más para ser tomada en cuenta al momento de estudiar la psicopatología; pero con el fin de no perder el hilo de lo que este trabajo aborda, no se discutirá este asunto y solamente convendrá señalar que, una vez más, los temas de los motivos/objetivos, del sentido personal y de la subjetividad vuelven a aparecer como elementos cruciales para explicar el desarrollo psíquico y la personalidad integrada de los individuos.

El sentido y los motivos, al relacionarse con la subjetividad (con la parcialidad de la consciencia de las personas), resultan pues conceptos que son difíciles de aprehender por su gran envergadura. González-Rey (2010), en un intento por desarrollar opciones que la definición de “sentido” de Vygotski no permitió (entre estas opciones, el desarrollo de una teoría de la subjetividad en una perspectiva histórico-cultural), propone la categoría de “sentido subjetivo” para diferenciarla de la acepción que tiene este concepto en la teoría de la actividad. Definió al sentido subjetivo como la relación inseparable entre lo simbólico y lo emocional, donde uno evoca al otro sin ser su causa. Hay que notar que el autor, en lugar de unificar lo cognitivo con lo emocional, eligió lo simbólico como alternativa a lo cognitivo para incluir todas las formas de producción simbólica.

También señaló que el concepto de sentido subjetivo está en la base de una propuesta sobre la subjetividad en una perspectiva dialógica y compleja que es congruente con el desarrollo de la psicología soviética, en la que se intenta comprender la articulación de la cultura y la personalidad. Resaltó en el concepto su carácter generador y productor, pues mencionó que tanto los sentidos como las configuraciones subjetivas son producciones que tienen lugar en el curso de la vida social y la cultura, pero que no están determinados ni por una ni por la otra, no son reflejos, sino producciones.

Así como sucedió con el concepto de sentido personal, de igual manera el de “motivo” apareció en la teoría de la actividad solamente como una pieza más del conjunto de elementos que caracterizan a la psique (González-Rey, 2010). Sería erróneo entonces considerar al motivo solamente como el elemento estructural de la actividad que funge como impulso:

La actividad tiene una estructura interna determinada. Uno de los procesos que entra en la estructura de la actividad humana es la acción. La acción es un proceso orientado hacia un fin, que es impulsado no por su propia finalidad, sino por el motivo de la actividad global que es realizada por dicha acción. (Leontiev, 1984, p. 200).

Al parecer, la teoría de la actividad sí captó la complejidad de constructos como motivo y sentido; sin embargo, no alcanzó a abarcarlos como una posibilidad para el desarrollo de una nueva unidad psicológica, postura desde la cual fueron concebidos originalmente.

Vigotsky fue un gran entendedor de los fenómenos psíquicos como unidades integradas, alejado de las concepciones fragmentadas que les han dado explicación. Así se nota cuando critica la manera en que la psicología se plantea como tarea fundamental de la investigación científica la de extraer los elementos primarios de las vivencias no divisibles que esta psicología hallaba, bien en los fenómenos psíquicos elementales obtenidos mediante la abstracción (tales como las sensaciones, sentimientos de placer/displacer y esfuerzo volitivo), bien en los procesos y funciones psíquicas elementales extraídos por la misma vía: los procesos superiores, decía, eran fraccionados en sus elementos componentes reduciéndolos completamente a combinaciones de las vivencias o procesos primarios (Vygotski, 1991).

Aquel autor no solo buscó delimitar teóricamente la unidad de los procesos psíquicos, sino también la unidad de estos en relación con el medio. Esto al incluir a la “vivencia” cuando explicaba el desarrollo psicológico del niño, y a la que concibió como la relación interior del ser humano con uno u otro momento de la realidad; es la verdadera unidad dinámica de la consciencia, algo intermedio entre la personalidad y el medio, que da significado a la relación entre la personalidad y el medio, que revela lo que significa para la personalidad el momento dado del medio, y así, este determina el desarrollo del niño a través de la vivencia de dicho medio (Vygotski, 2013).

Su rechazo a una postura fraccionada de los fenómenos humanos también se notó en la manera en que concibió a las emociones, pues en su época estaba muy presente el debate de la primacía de uno u otro aspecto de la emoción, de cuál era el determinante para que tal proceso fuera efectivamente emocional: si la activación fisiológica, si la consciencia de tal activación, etcétera. Para él, las emociones conforman una unidad en su aspecto psíquico y orgánico: el estado psíquico y las modificaciones orgánicas constituyen un todo (Vygotski, 2005), por lo que entenderlas de forma atomista resultaría ajeno a la verdadera naturaleza de este fenómeno.

Desafortunadamente, la vida de aquel gran pensador fue muy corta y la visión de los fenómenos psicológicos desde una perspectiva integradora y no fragmentada no alcanzó a completarse.

3.3 Neuropsicología y depresión

Al ser la neuropsicología una ciencia que estudia la relación entre los procesos psicológicos superiores y la actividad cerebral, esta permite dar cuenta de la forma en que tales procesos se organizan en el cerebro y, por lo tanto, permite la posibilidad de actuar sobre estos cuando se ven alterados o cuando no han sido adecuadamente formados.

Luria (1979) mencionó que la finalidad de estudiar los procesos psicológicos superiores no era localizarlos en áreas limitadas de la corteza cerebral, sino encontrar los grupos de zonas del cerebro que trabajan de manera concertada para posibilitar la actividad intelectual compleja, su contribución particular al sistema funcional complejo y la forma en que cambia la relación entre estos grupos durante el curso del desarrollo.

La importancia de entender cómo es que cada grupo de zonas cerebrales participan con su aportación particular al momento de darse la actividad del ser humano radica en que se puede identificar el tipo de alteraciones específicas. De ahí se puede realizar un diagnóstico claro para determinar cuáles zonas del cerebro no están funcionando adecuadamente, lo cual provoca la desintegración de varios sistemas funcionales.

En el nivel neuropsicológico, la depresión puede ser considerada como una alteración de los sistemas funcionales que se relaciona con el déficit de algunas de las zonas cerebrales, corticales y subcorticales, implicadas en la programación y el control de la conducta (Northoff, 2013; Murrigh et al., 2011; Jaeger et al., 2006; Crews y Harrison, 1995; Pandya et al., 2012) lo que acarrea déficits cognitivos que incluyen dificultades en la concentración y en la atención, en la memoria viso-espacial, memoria verbal, planeación y solución de problemas, flexibilidad mental, fluidez verbal, entre otros, y donde algunos de estos déficits persisten aun después de una mejora significativa en los síntomas depresivos (Hammar et al., 2003).

Se ha mencionado también que todavía es poco comprendido el perfil neuropsicológico de los pacientes con depresión, a pesar de que los hallazgos de la literatura muestran que la consideración de factores clínicos, demográficos y neurobiológicos han mejorado el conocimiento acerca de la severidad de sus dificultades neuropsicológicas. Aun así, los resultados existentes proveen de sugerencias prometedoras para el desarrollo de programas de tratamiento (Beblo et al., 2011).

Respecto a los correlatos neurales del trastorno depresivo, ha recibido particular atención el hallazgo que demuestra una hiperactivación del hemisferio derecho y una hipoactivación del hemisferio izquierdo (Acharya et al., 2018; Hecht, 2010). Por otro lado, Cooney et al., (2010) han detectado las áreas cerebrales que tienen un compromiso importante durante el pensamiento recursivo o rumiante en estos pacientes. Encontraron una actividad incrementada en la corteza orbitofrontal, el cíngulo anterior subgenual y en la corteza prefrontal dorsolateral, en comparación con los sujetos control. Sus hallazgos sugieren finalmente que el pensamiento recursivo se asocia a un elevado reclutamiento de las regiones límbicas, mediales y de la corteza prefrontal dorsolateral.

Diversos trastornos del afecto se han asociado con lesiones en las conexiones donde está involucrado el tálamo, y si bien es cierto que las conexiones tálamo-corticales son complejas, el avance en neuroimagen ha establecido algunas relaciones, como la conexión recíproca entre la corteza prefrontal y el núcleo medio-dorsal del tálamo. Hasta el momento, los descubrimientos más consistentes han sido la evidencia de un incremento del metabolismo y la hiperactivación del tálamo relacionados especialmente con los síntomas depresivos, y los cambios se han observado con mayor frecuencia al nivel del tálamo izquierdo y del tálamo medial (Vargas et al., 2021)

Se ha encontrado también que las personas con depresión presentan una red funcional de conectividad incrementada en el área subgenual, el tálamo, la corteza orbito-frontal y el precúneo, dato que apoya la creciente evidencia de que el área subgenual puede ser un nodo disfuncional dentro de una red límbica y para-límbica. Aunado a los hallazgos de anormalidades histológicas y funcionales en el tálamo de personas con depresión, podría sugerirse que, en estos pacientes, la actividad en el tálamo medial está excesivamente emparejada con la actividad en el área subgenual, área afectiva, con el costo de una reducida conectividad con el área del cíngulo dorsal anterior, área cognitiva (Greicius et al., 2007).

El tálamo tiene conexiones importantes con las zonas corticales sensitivas, con las zonas frontales y con circuitos córtico-subcorticales, por lo que atender a las alteraciones de esta estructura podría resultar esclarecedor para determinar cuáles son los circuitos que están mayormente involucrados en el trastorno depresivo.

En cuanto a la investigación del trastorno depresivo dentro del modelo histórico-cultural, se encuentra aquel realizado por Avilés (2013), en el que se hizo una caracterización neuropsicológica de los lóbulos frontales en pacientes con depresión, donde se concluyó que los pacientes que tomaban medicamento antidepresivo tenían mejor desempeño en ciertas tareas de evaluación respecto a los que no lo consumían. Se encontró que las habilidades cognitivas que no mejoraban con el medicamento eran la abstracción, la comprensión del sentido figurado, la flexibilidad mental y el procesamiento riesgo-beneficio.

En general, la alteración del pensamiento en la psicopatología tiene diversas manifestaciones y difícilmente se podría homogeneizar (Zeigarnik, 1981). Aun así, puede ser posible acercarse al discernimiento de algunos de los mecanismos comunes que perpetúan el trastorno, en este caso el depresivo. Como se verá más adelante, atender al modo habitual de procesamiento de la información de estos pacientes (específicamente, procesamiento en términos abstractos o en términos concretos), más que al contenido (sesgos, ideas irracionales, etcétera) podría brindar información valiosa para clarificar algunas de las causas por las que este trastorno se desencadena y se perpetúa.

Parece ser que, a nivel cerebral, el procesamiento de información abstracta y de información concreta sucede de forma distinta, pues las áreas mayormente asociadas con el procesamiento del lenguaje aparecen más activas durante tareas semánticas relacionadas con conceptos abstractos o de menor carga imaginativa (Dove, 2011). Más adelante se revisará que esta distinción en cuanto al procesamiento de

información de tipo abstracto y de tipo concreto tiene una implicación muy importante en el trastorno depresivo, pues los estudios de algunos investigadores sugieren que el mantenimiento de un pensamiento en abstracciones conduce a mantener o empeorar el trastorno, debido en parte a que el paciente se queda inmerso en un ciclo de pensamiento rumiante de carácter negativo.

Desde el modelo luriano se entiende que la alteración de alguno de los mecanismos que facilitan la actividad superior da como resultado un efecto sistémico en el que las dificultades se expresan con mayor medida en aquellas actividades donde el mecanismo alterado tiene mayor participación. De esta forma, la regulación de la conducta y las emociones se podría afectar cuando alguno de los mecanismos no funcione de manera óptima.

El mecanismo de programación y control de diferentes tipos de actividad psicológica (Xomskaya, 2002) está estrechamente relacionado con los lóbulos frontales del cerebro. Para Luria (2005), los lóbulos frontales tienen participación inmediata en la síntesis previa de los excitadores que llegan hasta el organismo y la adjudicación a alguno de ellos de significado señalizador y regulador; en la formación de la base orientadora de la acción y la creación de programas complejos de comportamiento; en la observación del cumplimiento de tales programas y la ejecución del control conductual, al comparar los actos realizados y las intenciones iniciales; y en el establecimiento de un sistema de retroalimentación.

Vale preguntarse de qué manera ese mecanismo psicofisiológico estaría relacionado con aquellos datos referidos a la rumiación, al procesamiento abstracto y sus efectos negativos en las personas con trastorno depresivo. Se nota pues aquí una oportunidad de incluir la psicología del procesamiento de la información en la neuropsicología de la regulación y el control de la conducta (incluida en ella la regulación de los pensamientos y las emociones inherentes). Queda un amplio margen de acción para seguir indagando sobre el trastorno depresivo y la relación entre los lóbulos frontales y su papel en la regulación y el control de la conducta, el modo de procesamiento de la información y la base sensorial de los procesos mentales.

3.4 El enfoque de la cognición corporizada

Aunque las teorías de la cognición corporizada toman distintas formas, una de sus principales argumentaciones es que las teorías cognitivas estándar han resultado inadecuadas para explicar cierta cantidad de aspectos; se apunta a que, en realidad, existe poco apoyo empírico a la existencia de representaciones meramente abstractas y amodales, así como a regiones cerebrales que almacenan estas representaciones (Gjelsvik et al., 2018). Es decir, las representaciones abstractas no tendrían existencia sin una base sensorial o motriz que las soporte.

3.4.1 Las bases sensomotoras de la cognición

Barsalou (1999) sugirió que la abstracción tiene lugar mediante un proceso en el que la información sensorial es reunida en zonas de convergencia, y que estos procesos están enraizados en la percepción y en la acción.

Ha apuntado a que el conocimiento abstracto requiere de una especie de simulación, como si la persona estuviera aún en la acción. El conocimiento entonces no estaría almacenado en forma de representaciones abstractas, sino como acciones perceptivas, motoras y estados introspectivos echados de nuevo a andar en el momento en que la persona los evoca, y que se han adquirido durante la interacción con los objetos y con las demás personas en el mundo, lo cual incluye también a nuestros propios cuerpos (Gjelsvik et al., 2018).

Winkielman et al. (2014) señalan que, efectivamente, es innegable que las habilidades conceptuales permiten construir representaciones que no son esclavas de las instancias perceptuales. Pero esto, por supuesto, no implica que los conceptos estén desprovistos de una base sensorial. Los autores recurren a los postulados de Mandler (2008) para explicar el proceso para que se formen los conceptos: señala que la simulación perceptual puede que sea prevalente en los estadios más tempranos del desarrollo, cuando el razonamiento abstracto todavía no está maduro y que el procesamiento corporizado podría ser remplazado progresivamente por un razonamiento de dominio más abstracto; al principio, los conceptos más tempranos y globales estarían compuestos por piezas de información espacial, sobre todo de movimiento en el espacio. Los nuevos conceptos estarían inicialmente enraizados en una metáfora corporizada. Si la metáfora es utilizada frecuentemente, y los resultados de su uso pueden ser bien representados por una red semántica, entonces el procesamiento semántico será un atajo eficiente, lo cual eliminaría la necesidad de la simulación sensorial.

El proceso de pensamiento estaría sustentado por una reproducción o simulación parcial de estados de experiencia motora o sensorial que ocurren cuando la persona que percibe se encuentra o se ha encontrado con el objeto (Winkielman et al., 2014).

Para Pietrzak et al. (2017), las ciencias de la cognición corporizada asumen que los procesos cognitivos no son posibles sin la participación directa del cuerpo; en cualquier situación, el cuerpo tiene influencias sobre los procesos cognitivos, motivacionales y emocionales. En su opinión, en la terapia cognitiva conductual, por ejemplo, el cuerpo recibe atención de una manera reducida, solamente en cuanto a las sensaciones que acompañan a las emociones; por otro lado, la cognición corporizada asume de manera primordial que el cuerpo está directamente involucrado y es parte de estos procesos cognitivos, los cuales no solamente transcurren de modo *up-bottom*, sino también *bottom-up*.

Al modelo clásico de cognición, esquematizado a grandes rasgos en E-C-R (Estímulo-Cognición-Respuesta), Pietrzak et al. (2017) proponen un modelo en el que se enfatiza la interacción del ser humano con el ambiente, la cual toma lugar a través del cuerpo.

Se ha realizado una importante cantidad de experimentos en los cuales se demuestra que las sensaciones corporales afectan procesos más superiores como la percepción, la apreciación del entorno y el juicio, es decir, trayectorias tipo *bottom-up* (Harmon-Jones et al., 2011; Williams y Bargh, 2008; Zhong y Leonardelli, 2008). Aun cuando los hallazgos de aquellos experimentos pudieran parecer una base inestable para soportar el complejo y central argumento de que la cognición no puede ser entendida como una entidad aparte y sin raíces en el cuerpo, sí es conveniente señalar que estos descubrimientos aportan información muy valiosa si consideramos las ideas de Zeigarnik sobre la psicopatología y la desintegración de la actividad psíquica.

Probablemente parezca intrascendente aquel tipo de experimentos en los que, por mencionar un ejemplo, se ha encontrado que la temperatura influye en el juicio sobre el nivel de amabilidad de una persona. Pero no se debe de olvidar que el plano intelectual transcurre por una serie de procesos de desarrollo a lo largo de la ontogenia para que finalmente pueda expresarse en aquella actividad mental madura y automatizada capaz de operar con conceptos, de relacionarlos y combinarlos para imaginar situaciones fuera del plano concreto.

El hecho de que la mente madura sea distinta de la que apenas se está formando, no descarta que sus bases sensoriales y materiales se extingan; estas pueden apreciarse en mayor medida en situaciones experimentales bien controladas, pero también, como lo señaló Zeigarnik (1981), en los trastornos afectivos, donde el material psicopatológico permite observar la estructura de las distintas formas de la actividad psíquica normal. Como Pavlov también lo indicaba, lo psicopatológico simplifica lo que se nos presenta oculto en la regla, y con frecuencia podemos detectar los factores psicológicos que son responsables de tal o cual estructura en la actividad cognoscitiva del enfermo.

Un hecho relativamente intrascendente como descubrir que la temperatura influye en el juicio que hacen los adultos sobre el nivel de amabilidad de una persona, nos remite a considerar cómo las sensaciones corporales siguen entrando en juego durante el proceso de desarrollo de los conceptos y cómo estos conservan su base sensorial, aunque por lo complejo y automatizado de la actividad intelectual madura no se alcance a percibir.

Autores como Dick et al. (2005) exponen que funciones tan complejas como el lenguaje pueden ser mejor entendidas si se contemplan como un sistema corporizado, pues existe un número creciente de evidencias de que el lenguaje, entre otros procesos, es una estructura entrelazada de facultades sensoriales, motrices y otros procesos cognitivos.

3.4.2 La información conceptual y el problema de la “transducción”

La aproximación clásica de la ciencia cognitiva sobre el procesamiento en símbolos estuvo fuertemente influida por la lógica predicativa, proposicional y los formalismos computacionales, por lo que la computación fue vista como una herramienta poderosa a través de la cual se podía estudiar a la cognición;

la idea de la cognición como manipulación de símbolos proveyó de los medios para definir y separar precisamente los procesos psicológicos, en donde los “símbolos cognitivos” designan a objetos y eventos externos, pero su naturaleza como entidades internas es la misma sin importar a qué sirven de símbolo. El conjunto de símbolos que configuran a la cognición puede ser alcanzado solamente cuando la información motora y sensorial es transformada en un formato cualitativamente distinto mediante la “transducción”, en la que un tipo de información se modifica en otra para poder ser manipulada por los procesos cognitivos (Meteyard et al., 2012).

El aspecto de la transducción es el problema central para argumentar contra los postulados de la cognición simbólica, problema al cual se le ha denominado “problema del enraizamiento del símbolo”, en el que no se clarifican las bases sobre las que se sustenta el sistema simbólico.

En concordancia con el procesamiento de símbolos, las teorías de la semántica, por ejemplo, han acudido a propiedades estadísticas (como la co-ocurrencia) de las representaciones típicas de los conceptos para explicar cómo el sistema semántico está organizado, y con lo cual han tenido éxito relativamente al encontrar datos empíricos en fenómenos como el *priming*. Sin embargo, estas teorías tendrían que dar cuenta no solamente de la organización de aquel sistema, sino también del contenido de las representaciones semánticas, pues no es suficiente proponer que las características de atributos como “rojo”, “redondo” o “dulce”, por ejemplo, conformen la representación de “cereza”: porque finalmente, también cabe preguntarse cuál es la naturaleza de la característica atributiva “rojo” (Meteyard et al., 2012).

La forma en que las teorías conceptualizan a la cognición, por lo tanto, podría estar dentro de un continuo que va desde las que promulgan lo simbólico/amodal en un extremo, hasta las que asumen lo análogo/multimodal en el otro. Podrían destacarse cuatro estadios siguiendo este continuo desde una orilla a la otra: 1) las posturas des-corporizadas, 2) las corporizadas secundariamente, 3) las de corporeización débil y 4) las fuertemente corporizadas (Meteyard et al., 2012).

Para efectos del presente trabajo, conviene discutir los postulados de las teorías que los autores anteriores clasifican como de “corporeización débil”, pues parece que son las que mejor podrían explicar lo que se entiende por cognición desde una manera equilibrada sin llegar a los extremos. Este grupo de teorías propone que los conceptos están al menos parcialmente constituidos por información sensomotora, y así, cualquier información de este tipo que se active durante el procesamiento semántico es información sustancial con contenido, tiene un rol específico de representación y no solamente es de acceso secundario a información abstracta “verdaderamente” semántica; de esta forma, hay una parcial dependencia de la abstracción hacia los sistemas motores y sensoriales, aunque no de regiones corticales primarias. El contenido de las representaciones semánticas es trans-modal, con combinaciones de características de distintas modalidades (Meteyard et al., 2012).

Barsalou (1999) también menciona el concepto de “transducción” como uno de los problemas fundamentales de las teorías que tratan de dar parte de la existencia de representaciones abstractas independientes y amodales: con este concepto no se explica claramente cómo es que un sistema amodal

facilita la comprensión en ausencia de referentes físicos: una de las formas a las que se recurren para explicar esto es mediante la postulación de representaciones perceptuales mediadoras, mismas que en la transducción son activadas cuando se percibe un objeto, y que a la vez activan al símbolo amodal del objeto percibido. El problema aquí es que esas representaciones perceptuales están haciendo todo el trabajo, por lo que los símbolos amodales se vuelven redundantes, y se pregunta además por qué simplemente el sistema no podría utilizar solamente las representaciones perceptuales del objeto para representar al objeto mismo, tanto en la categorización como en el razonamiento.

En su teoría sobre los sistemas simbólicos perceptuales, Barsalou (1999) propone que estos son multimodales y se originan con la experiencia perceptiva, además de estar distribuidos ampliamente a lo largo de las áreas de modalidad específica del cerebro: recalca que debe entenderse que el término “perceptivo” no se utiliza en su sentido estándar: esto es, en lugar de referirse solamente a las modalidades sensoriales, como usualmente se hace, se refiere más ampliamente a cualquier aspecto de experiencia percibida, incluyendo la propiocepción y la introspección. Estos sistemas simbólicos perceptuales no existen independientemente uno del otro en la memoria, sino que los símbolos relacionados se organizan en un simulador que permite al sistema cognitivo construir simulaciones específicas de una entidad o de un evento en su ausencia (de manera análoga a como sucede en las simulaciones que subyacen a las imágenes mentales), por lo que los conceptos son equivalentes a los simuladores.

Lo anterior lleva a pensar en la manera en que Vygotski (1993) abordó el tema de la materialidad y la sensorialidad de la experiencia para dar con la formación de los conceptos. Para él, tanto el material sensorial como la palabra misma constituyen elementos indispensables en su formación, y lo que es más, en las primeras etapas, estos están saturados de experiencia: así, un concepto cotidiano que recorre su lento camino durante el desarrollo, saturado de experiencia, despeja la trayectoria para su posterior complejización y crea una serie de estructuras necesarias para la evolución de sus aspectos elementales y más primitivos, los cuales le otorgan cuerpo y vitalidad.

Esas ideas tomaron su forma y sistematización en una teoría que posteriormente desarrolló Galperin sobre la formación de las acciones mentales por etapas, en donde encontró en uno de sus experimentos que lo más negativo para el éxito en la asimilación de los conceptos era la ausencia de la etapa materializada en la que las acciones deben de realizarse directamente sobre las cosas o por lo menos con la representación condicional material, pero que esta representación ayude a reproducir exactamente las relaciones esenciales de las cosas (Solovieva y Quintanar, 2010).

Los conceptos deberían de ser contemplados entonces en toda su envergadura para ser entendidos. Este entendimiento está presente en la forma en que Luria (1980) concibió la complejidad de la denominación, lo cual revela la integridad de la representación conceptual materializada en la palabra: esta no es la simple asociación de sonido con una imagen visual, sino un complejo sistema de asociaciones en forma de matriz semántica multidimensional que analiza y generaliza al objeto que denota, y como tiene un desarrollo sucesivo, esto implica que además de la estructura externa o morfológica de la palabra y de

su forma interna o semántica, entra en acción el aspecto de las asociaciones involuntarias evocadas por esta señal verbal. Esta concepción de la palabra como una matriz semántica multidimensional da cuenta de las enormes posibilidades que tienen las palabras para adquirir sentido.

Volviendo con los postulados de Barsalou (1999), este hace una distinción entre un sistema conceptual que denomina “unitario”, y otro que llama “múltiple”: un sistema unitario sería aquel en donde el mismo conjunto de representaciones se utiliza a través de distintas modalidades de *input* y *output* y sobreviene por encima de distintos tipos de información sensorial y motora, por lo que alguna zona cortical específica pudiera ser la responsable de estas representaciones semánticas de distintas modalidades; mientras que un sistema múltiple manifiesta que varios sub-sistemas son distribuidos a través de varias regiones corticales que incluyen las modalidades sensoriales y motoras, por lo que una representación completa implicaría a estos sub-sistemas, y distintas partes del cerebro estarían más o menos reclutadas dependiendo de las demandas de las acciones. Esta última comprensión de las representaciones semánticas es más cercana a la postura de los teóricos de la corporeización débil (Meteyard et al., 2012) y también más cercana a la postura de Luria con su matriz semántica multidimensional.

Aunque la postura de Barsalou (1999) parece muy coherente en cuanto a la base sensomotora necesaria para el pensamiento conceptual, omitió aquel sistema de signos más importante (el lenguaje) que sí se incluyó en las bases teóricas del enfoque histórico-cultural para explicar cómo está involucrado en la formación y uso de los conceptos. Dove (2011) se percató de esta ausencia y menciona que el proceso de simulación no es suficiente para dar cuenta de las representaciones abstractas: hace falta un elemento para poder completar el cuadro sobre el modo en que la base sensomotora puede propiciar el desarrollo de abstracciones.

Para lo anterior, propone el término de *dis-embodiment* con la intención de aclarar que un símbolo mental es *dis-embodied* si este 1) es *embodied*, 2) y a la vez este *embodiment* está arbitrariamente relacionado con su contenido semántico: es decir, que un símbolo mental es *dis-embodied* si involucra simulaciones sensomotoras de experiencias que no están asociadas con el contenido semántico. Esta definición de *dis-embodiment* implica al lenguaje por excelencia como una forma de cognición des-corporizada, y juega un rol muy importante en la adquisición y utilización de conceptos abstractos (Dove, 2011).

El lenguaje funcionaría como un elemento que aumenta y extiende las habilidades de representación al otorgar acceso a sistemas simbólicos arbitrarios y libres de contexto; proveería los medios para reunir e integrar información de distintas modalidades, así como transferir información entre distintos códigos sensomotores. Así, los conceptos residirían en dos tipos de representaciones basadas en la simulación: aquellas asociadas a la experiencia no lingüística y aquellas asociadas a la experiencia lingüística (Dove, 2011).

La crítica del autor es tanto a la postura ortodoxa de la cognición como a la de la cognición corporizada en el sentido de que ambas adoptan puntos de vista similares sobre la relación entre

pensamiento y lenguaje, considerando al lenguaje solamente como medio de comunicación en lugar de medio para el pensamiento (nótese aquí la cercanía de su postura con la del enfoque histórico-cultural). El lenguaje entonces sí sería un sistema corporeizado desde dos puntos de vista: 1) el significado del símbolo lingüístico, para el agente, depende de la actividad de sistemas que también se utilizan para la percepción, la acción y la emoción, y 2) el razonamiento sobre el significado, incluyendo los procesos combinatorios de la comprensión de oraciones requiere del uso de aquellos sistemas (Dove, 2011).

La adquisición del lenguaje crea un nuevo sistema semántico des-corporeizado que tiene varias de las propiedades usualmente asociadas a los sistemas simbólicos amodales preferidos por la ciencia cognitiva tradicional: así, el lenguaje no es solamente otra fuente de información sobre el mundo sino también otro medio para pensar acerca de este, se convierte en una herramienta que extiende nuestras capacidades para adquirir conceptos no solamente porque el lenguaje es un medio de acceso a la cultura sino también porque ofrece nuevos poderes, nuevos alcances para la representación mental (Dove, 2011).

Su postura todavía va acercándose más al enfoque histórico-cultural cuando expone la “Dual Coding Theory” (DCT). Esta teoría plantea que el pensamiento y el lenguaje son subsistemas independientes: uno emplea representaciones verbales simbólicas y el otro, representaciones no verbales analógicas.

Una premisa básica de la DCT es que todas las representaciones mentales retienen algunas de las cualidades concretas de las experiencias externas que les dieron origen. Estas experiencias pueden ser lingüísticas o no lingüísticas. Sus distintas características se desarrollan en dos sistemas mentales separados o códigos, uno especializado en procesar y representar el lenguaje, el código verbal, y otro en procesar objetos no lingüísticos y eventos, el código no verbal (Dove, 2011).

Lo anterior hace recordar obligadamente aquella ilustración esquemática de Vygotski (1983) en cuanto al pensamiento y el lenguaje como dos circunferencias que se entrecruzan, demostrando que una parte de los procesos lingüísticos, y otra parte del pensamiento, coinciden y dan origen a la denominada esfera del pensamiento verbal, pero que esta no abarca ni todas las formas de pensamiento ni todas las formas de lenguaje.

Dove (2011) indica que su postura difiere de la DCT en el sentido de que esta última proclama que las imágenes mentales son los constituyentes básicos de los sistemas tanto verbales como no verbales, mientras que él comulga mejor con la teoría de los sistemas simbólicos perceptuales, puesto que la concibe como un intento explícito de evitar la debilidad asociada a los enfoques que apuntan hacia las imágenes mentales como la base de los conceptos. Finalmente, las representaciones lingüísticas se distinguen de las no lingüísticas en el hecho de que aquellas son internalizaciones de sistemas de símbolos externos.

Es evidente pues que tanto las ideas de Barsalou (1999) como las de Dove (2011) tienen una gran cercanía con el enfoque histórico-cultural en relación a la importancia de la base material/sensorial de los conceptos y en cuanto al rol que juega el lenguaje: aquel problema fundamental de las teorías des-

corporizadas de la mente, el problema del “symbol grounding”, referido a la imprecisión del contenido de las representaciones conceptuales, bien puede ser abordado desde las teorías de estos autores de la cognición corporizada.

Toda esta exposición de ideas respecto a la naturaleza de las representaciones conceptuales es necesaria para acercarnos a la comprensión de cómo la base sensorial/material del pensamiento juega un papel importante en la motivación en trastornos como la depresión.

3.4.3 Las emociones en el enfoque de la cognición corporizada

La simulación, ese proceso en el que se da una puesta en marcha parcial del aspecto motor y sensorial de los significados, tiene importancia en el trastorno depresivo en el momento en que el procesamiento semántico inicia una reactivación de sistemas modales que en el pasado han sido asociados con afectividad negativa (Gjelsvik et al., 2018).

Las personas con depresión estarían truncando el proceso de simulación para evitar la gran carga de afectividad negativa; este fallo en el movimiento vertical descendente en la jerarquía de los modos cognitivos abstractos a unos más sensoriales, concretos y perceptivos, resulta en un desplazamiento horizontal en el mismo nivel de la jerarquía, fortaleciendo un red mal adaptativa de asociaciones basadas en el lenguaje, en más ideas abstractas sobre el sí mismo y el mundo, y en pensamiento recursivo como intento para controlar aquellas ideas (Watkins et al., 2008). También Wheatley y Hackmann (2011) opinan que el pensamiento recursivo podría funcionar como una evitación de las imágenes y tener el efecto de inhibir una rememoración sensorial y emocional completa del material estresante.

Dey et al. (2018) reportan que la rumiación abstracta es un proceso de pensamiento común en personas con depresión, lo cual incluye pensar repetidamente sobre los aspectos e interpretaciones de orden superior de una situación, tal como sus razones o sus implicaciones. Asimismo, el pensamiento abstracto en estas personas deteriora la resolución de problemas sociales y merma el funcionamiento ejecutivo al reducirles la habilidad para ignorar información irrelevante durante actividades mentales que requieren más bien de un pensamiento concreto y estratégico.

Los autores anteriores también encontraron que las personas altamente disfóricas estaban más involucradas con el pensamiento abstracto que con el pensamiento concreto durante la toma de decisiones, y allí tienen más problemas que los sujetos con niveles bajos de disforia. Además, demostraron que el pensamiento abstracto contribuía a un tipo particular de dificultad al que es probable que lidien aquellos pacientes, esto es, la larga duración del tiempo que les toma completar una tarea que se requiere realizar lo más pronto posible. Este último dato sugiere que inducir un estilo de pensamiento contrario, es decir, inducir un pensamiento concreto, podría resultar benéfico para remediar este problema.

Si el pensamiento es un proceso activo, adecuadamente dirigido hacia la resolución de un problema específico y con motivaciones personales (Zeigarnik, 1981), cabe preguntarse entonces en qué parte del proceso se encuentra la alteración en las personas con depresión y a qué mecanismos obedece. Habría que atender pues al modo de procesamiento, no solamente al contenido (sesgos y creencias irracionales).

Acudiendo de nueva cuenta al concepto de simulación, el aspecto fundamental es que en este fenómeno los conceptos adquieren asociaciones que los vinculan a imágenes visuales, a emociones, a sensaciones corporales y a tendencias afectivas; esto sugiere que no existirían simulaciones que ocurran sin una reinstalación de cierto tono emocional (placentero, displacentero, neutro), y sin una emoción (y sus respectivas sensaciones corporales) que se han asociado al concepto y a su puesta en marcha en el pasado (Gjelsvik et al., 2018). Tales afirmaciones hacen eco con las de Zeigarnik (1981) cuando refiere sobre la evaluación de pacientes con trastornos mentales mediante tareas cognitivas, donde señala que la aplicación de cualquier método que avive la actividad cognitiva siempre lleva implícita la actualización de los componentes personales (motivaciones y actitudes).

Aquella reinstalación de cierto tono emocional remite a la postura de Luria en cuanto a que la palabra es en realidad una matriz semántica multidimensional que evoca también asociaciones situacionales, las cuales involucran al componente emocional:

Por una parte, cada palabra evoca de forma natural una serie de asociaciones con las situaciones en que el nombre es usado. La palabra 'árbol' no sólo conlleva la noción de árbol, un sistema perteneciente al reino vegetal y diferenciable por sus características básicas. Puede evocar también la imagen de un campo, un bosque, un jardín, el recuerdo de unas vacaciones de verano, la floración en primavera o un paisaje nevado invernal. Estas asociaciones contextuales o situacionales son una realidad psicológica que el investigador no debe subestimar si quiere estudiar por completo la influencia de la palabra en el sujeto humano (Luria, 1980, p. 295).

Los conceptos, entonces, no podrían ser cúmulos de información amodal despersonalizada y desprovista del gran número de asociaciones que les alimentan: son las vivencias mismas del individuo las que dan sustento al sistema conceptual, las que proveen de significado, pero sobre todo de sentido, a las palabras.

En cuanto al pensamiento de tipo abstracto y su relación con estados emocionales, este puede considerarse un factor de riesgo en personas con depresión (Gjelsvik et al., 2018), esto, fundamentado en hallazgos experimentales en los que tales pacientes recuperan recuerdos personales de una forma muy general y son poco capaces de evocar episodios concretos y específicos de sus vidas.

Se ha correlacionado el riesgo de manifestar depresión y la evocación de información muy generalizada/abstracta tanto en adolescentes como en adultos. En un intento por reducir el afecto negativo, las personas con depresión tenderían a valerse del pensamiento abstracto, y de esta forma, ya que lo que se mantiene mediante este procesamiento son representaciones lingüísticas, las operaciones que se activan

para reducir la discrepancia entre el estado actual y el estado deseado utilizan el mismo nivel de representaciones (basadas en el lenguaje), de modo que la persona comienza a elaborar de manera recursiva estos pensamientos: este intento de simulación de una respuesta conductual adecuada en respuesta a una situación emocional difícil, utilizando el pensamiento abstracto, podría entonces tener exactamente el efecto contrario al deseado (Gjelsvik et al., 2018).

El lenguaje, ese complejo sistema representativo de signos, resulta pues una herramienta poderosa para mediatizar y regular la vida psíquica de las personas; sin embargo, es legítimo preguntarse si esta herramienta en realidad no sea tan efectiva para regular procesos como los emocionales, o al menos no lo sea en tanto que no se ha aprendido a encauzar adecuadamente el pensamiento abstracto.

Cabe recordar que Vygotski (1993) finalmente destacó que el pensamiento y el lenguaje siguen líneas distintas y son independientes uno del otro, que es hacia los dos años de edad cuando ambos se encuentran y coinciden, dando comienzo a una forma totalmente nueva de comportamiento exclusivamente humana: a partir de ahí, el pensamiento se hace verbal y el lenguaje intelectual, lo cual implica que existe una etapa preverbal del pensamiento y una etapa preintelectual del lenguaje. Esta independencia y posterior encuentro resulta importante, pues se suele confundir al lenguaje interno con el pensamiento en sí.

Incluso en la adultez, la fusión del pensamiento y el lenguaje es un fenómeno parcial que tiene fuerza y valor solamente aplicado a la esfera del pensamiento verbal, en tanto que otras esferas del pensamiento preverbal y del lenguaje no intelectual permanece solamente bajo una lejana influencia y no inmediata de esa fusión, sin mantener con ella ningún nexo causal (Vygotski, 1993). Estas afirmaciones son de gran importancia: de nuevo, valdría la pena preguntarse si los desórdenes que se presentan en los trastornos emocionales no estarían siendo insuficientemente intervenidos por una herramienta que tendría poco impacto en estos, puesto que las emociones ejercen su influencia en el sistema psíquico antes de que el lenguaje esté desarrollado.

Dado que el lenguaje por sí mismo ya es un sistema de abstracciones, es razonable discutir si no hay modos más directos para abordar los trastornos emocionales en un contexto terapéutico. Además, ya que la transición del lenguaje interiorizado al externo no constituye una simple traducción de uno a otro, sino que es un proceso dinámico y complejo que envuelve la transformación de la estructura predicativa del lenguaje interno en uno sintácticamente articulado e inteligible para los demás (Vygotski, 1993), puede caber la posibilidad de que en esta transformación se haya perdido gran parte del sentido de la experiencia personal del individuo.

El lenguaje expresivo sigue un curso que va desde el motivo que engendra el pensamiento a la estructuración de este, primero en lenguaje interiorizado, luego en significados de palabras y finalmente en palabras: pero sería erróneo imaginar que este es el único camino del pensamiento a la palabra, y, además, el proceso puede detenerse en cualquier punto de su complicado curso (Vygotski, 1993).

3.4.4 Nivel de procesamiento: pensamiento concreto y abstracto

Watkins (2008) apunta hacia lo contraproducente del pensamiento basado en un lenguaje repetitivo al proponer que esto pudiera ser un medio que utiliza el paciente con depresión para evitar la afectividad negativa. Al estudiar cuándo el pensamiento repetitivo es constructivo y cuándo no lo es, ha destacado los aspectos del contexto (especificidades de la situación y del sistema de creencias respecto de uno mismo), la valencia (si los contenidos del pensamiento son negativos o positivos) y el nivel de las interpretaciones (abstractas o concretas). Menciona que, en un intento por dar respuesta a las situaciones estresantes, las personas recurren al pensamiento repetitivo de la experiencia con el objetivo de asimilarlas, darles sentido e integrarlas en el marco de creencias sobre el mundo. Sin embargo, el pensamiento repetitivo, para volverse un factor que propicie y mantenga el estado depresivo, tendría que ser de contenidos negativos y de nivel abstracto. Este último punto resulta interesante pues atiende no a los contenidos, como lo hace la postura cognitiva clásica, sino al nivel de procesamiento en que estos contenidos son abordados.

Según Watkins (2008), las interpretaciones de alto nivel son representaciones mentales abstractas, generales y descontextualizadas que transmiten los rasgos esenciales y significados de sucesos y acciones, mientras que las interpretaciones de bajo nivel son representaciones mentales más concretas, que incluyen detalles contextuales específicos e incidentales de sucesos y acciones. Menciona como ejemplo lo siguiente: las inferencias sobre aspectos globales que son invariantes a través de distintas situaciones (por ejemplo, pensar en que uno mismo es “perezoso”) constituyen interpretaciones de la conducta relativamente abstractas y de alto nivel, mientras que las inferencias sobre estados específicos a situaciones (por ejemplo, pensar en que uno mismo está “cansado”), constituyen interpretaciones concretas de bajo nivel; asimismo, las representaciones del porqué, abstracto, y de las consecuencia finales de una acción constituyen interpretaciones de alto nivel, mientras que las representaciones del cómo, concreto, específico, de los medios para desarrollar las acciones y alcanzar el objetivo, constituyen las interpretaciones de bajo nivel.

En sus estudios experimentales, Watkins et al., (2008) confirmaron que cuando las personas se comprometían con un tipo de pensamiento repetitivo abstracto, esto tenía más consecuencias que no fueron constructivas en comparación con el pensamiento repetitivo caracterizado por interpretaciones de bajo nivel más concretas, al menos mientras el pensamiento repetitivo era de contenido negativo (valencia negativa).

Explican que aquello puede deberse a que uno de los mecanismos que actúan para que el nivel de interpretación influya en las consecuencias del pensamiento repetitivo es al interferir en la eficacia para la resolución de problemas: los autores acuden a las teorías de la identificación de la acción y de la concreción reducida para hacer converger sus ideas en cuanto a que el procesamiento en un bajo nivel de interpretación provee de detalles más contextuales y elaborados sobre los medios específicos, sobre las alternativas y las acciones por las cuales es mejor proceder al momento de encararse con situaciones complejas, novedosas y difíciles, añadiendo además que las interpretaciones de bajo nivel se asocian a una mejor solución de problemas.

Por otro lado, al centrarse en un nivel más concreto de interpretaciones, esto facilita la autorregulación en situaciones en las que una atención dirigida a uno mismo mediante interpretaciones de alto nivel o mediante esfuerzos para controlar el comportamiento podría ser contraproducente.

Se pueden relacionar las desventajas del pensamiento abstracto en el trastorno depresivo, con lo señalado por Leontiev (1984) respecto a la importancia de las imágenes sensoriales para conferir realidad al cuadro consciente del mundo que se despliega ante el sujeto, pues así el mundo se presenta como existente no en la consciencia sino fuera de ella, como campo objetivo y como objeto de su actividad. Así, cabe el cuestionamiento de si la persona con trastorno depresivo se mantiene en un estado de escaso acceso a objetivos concretos y a motivaciones objetivadas, debido a su constante esfuerzo por acabar con esta condición mediante abstracciones que le conducen a callejones sin salida. El pensamiento recursivo abstracto no proveería de la imagen orientadora que conduce la actividad humana.

Para las personas, la aprehensión y el logro de objetivos concretos es un modo de afirmar su vida, de satisfacer y desarrollar sus necesidades materiales y espirituales, objetivadas y transformadas en los motivos de su actividad (Leontiev, 1984). Zeigarnik (1981) advirtió también lo significativo del logro de objetivos y señaló que muchos autores han indicado que la imposibilidad de alcanzar las exigencias establecidas por los que nos rodean o el “ideal” elaborado por uno mismo conduce a sufrimientos afectivos.

Se comienza a notar entonces esta relación importante entre el pensamiento concreto y su importancia para el establecimiento de objetivos claros y motivaciones objetivadas. Asimismo, se nota lo fundamental de tener motivos y objetivos para que las personas afirmen su vida. Smith (2013) también recalca la trascendencia de sentirse un agente activo que ve en el mundo las posibilidades reales para la acción: desde su perspectiva, la falta de motivación y de acción en la persona con depresión puede ser entendida al destacar los cambios en la forma en que el cuerpo responde y se articula a las características significativas del entorno, por lo que el fallo en la persona deprimida para sentirse motivada podría explicarse como un fallo para proyectarse en el mundo, para encontrar en este las posibilidades de acción significativa.

La consciencia y la subjetividad, por lo tanto, está fundamentalmente articulada en términos de lo práctico, de la acción: no es una cuestión de “yo pienso” sino de “yo puedo” (Smith, 2013); esto inevitablemente hace rememorar la teoría de la formación por etapas de las acciones mentales, en cuanto a que el desarrollo de los conceptos, por mencionar un caso, tiene lugar solamente en la acción, en la experiencia.

Regresando al tema de la rumiación depresiva: en situaciones adversas, por lo tanto, el pensamiento repetitivo caracterizado por la abstracción podría facilitar generalizaciones negativas, donde una simple falla personal, por ejemplo, podría ser explicada en términos de una inadecuación general (del tipo “no sirvo para nada”), en lugar de considerar las situaciones en términos de sus dificultades contextuales específicas (Watkins, 2008).

Las personas con depresión han reportado que el pensamiento rumiante ocurre sin un propósito consciente y que además son incapaces de controlarlo (Watkins y Nolen-Hoeksema, 2014). Este dato coincide con lo señalado por Zeigarnik (1981) en cuanto a la mediación de las necesidades, consistente en un objetivo conscientemente planteado para que estas puedan ser dirigidas voluntariamente por el hombre: cuando no existe esta mediación con un objetivo consciente, las necesidades son ingobernables y adquieren la estructura de las pasiones.

Al parecer, la rumiación depresiva podría instalarse como una respuesta habitual de la persona ante la consciencia de situaciones en las que hay una discrepancia entre los objetivos o situaciones esperadas y lo verdaderamente acontecido.

Según Watkins y Nolen-Hoeksema (2014), para que la rumiación se instale como hábito deberían de presentarse dos condiciones: 1) ambientes y situaciones que generen episodios frecuentes de pensamiento repetitivo sobre discrepancia de objetivos, en conjunto con afectividad negativa, y 2) un repertorio restringido de conductas de afrontamiento y/o reducida flexibilidad en la selección de comportamientos dentro de este repertorio, lo cual constriñe a la persona hacia las respuestas pasivas y abstractas, mismas que incrementan la probabilidad de episodios de pensamiento repetitivo ineficaz que se presenta en conjunto al afecto negativo.

Zeigarnik (1981), por su parte, señala también el aspecto de la formación de las alteraciones de la mediación y la jerarquía de los motivos en la psicopatología como el producto de un largo y complejo camino, en el cual actúan muchos mecanismos que en varios aspectos son comunes a los del desarrollo normal de los motivos; pone como ejemplo la formación de los rasgos patológicos del carácter en los enfermos de epilepsia, cuya personalidad generalmente se determina como una combinación de brutalidad, servilismo y pedantería, y en la que pudieran aclararse muchos puntos si se analizara la vida del niño, la reacción de los otros niños ante los ataques de epilepsia, la reacción de los maestros ante las dificultades en el estudio de este niño; este pequeño intentaría compensar sus deficiencias y despertar las buenas relaciones de sus compañeros utilizando medios no siempre apropiados.

A pesar de parecer que la rumiación depresiva solamente trae consecuencias aversivas para el sujeto, puede que se mantenga porque se encuentra alguna recompensa. Esto concuerda con la teoría de la actividad en cuanto a que la conducta está encaminada y dirigida por un objetivo, si no esta no sucedería.

Para Watkins y Nolen-Hoeksema (2014), pudiera ser que la rumiación funcione como una manera de disminuir el estrés, aun cuando este mismo hábito es generador del mismo, y probablemente se mantenga para evitar niveles aún mayores de estimulación aversiva. Asimismo, puede recurrirse a ella como intento de incrementar el entendimiento y el *insight* y darles sentido a las dificultades: se ha encontrado que si se mantiene la creencia de que la rumiación incrementa ese entendimiento, esto predice el mantenimiento de este hábito por alrededor de ocho semanas (Watkins y Nolen-Hoeksema, 2014). Más aún, puede entenderse mejor el mantenimiento de la rumiación porque la persona tiende a ver los pensamientos intrusivos como

significativos e importantes, no los considera triviales, por lo que es menos probable que los ignore (Harvey et al., 2015).

Una vez que la rumiación se ha instalado como hábito, sería muy difícil detenerla incluso si se establecen objetivos claros y concretos, si esta tiene consecuencias negativas o incluso si la rumiación es contraria a las actitudes e intenciones de la persona; esto tiene importancia en el aspecto de la rehabilitación y la forma de conducirla, pues las intervenciones enfocadas en cambiar las creencias de la persona, sus actitudes e intenciones, y en proveer nueva información, tienen poca probabilidad de ser efectivas para cambiar hábitos (Watkins y Nolen-Hoeksema, 2014). En su lugar, Wood y Neal, (2007), proponen que para que las intervenciones promuevan el cambio de hábitos hay que proveer al paciente de herramientas concretas para controlar la manifestación de aquellos.

En un interesante experimento (Watkins et al., 2008), se quiso encontrar si el modo de procesamiento de información (abstracto o concreto) tiene un papel causal para influir en la reactividad emocional, y más específicamente, si un cambio en el modo de procesamiento que se aleje de aquel caracterizado por la rumiación depresiva (que es abstracta, evaluativa y analítica) podría reducir la reactividad emocional.

Se convocó a 40 sujetos sanos para ser divididos en dos grupos de 20 integrantes cada uno. A ambos grupos se les presentaron situaciones específicas (tanto positivas como negativas) escritas en un papel que podrían fácilmente ser relacionadas con su propia experiencia. A un grupo se le indicó que ante cada experiencia pensarán sobre el motivo del suceso y que analizara las causas, los significados y las implicaciones (procesamiento abstracto), al otro grupo se le indicó que ante cada experiencia pensarán en detalles específicos sobre la situación, sobre cómo sucedió, y que tratarán de imaginar lo más vívida y concretamente posible la sucesión de eventos como si se tratara de una película (procesamiento concreto).

Los participantes tenían que resolver una tarea de anagramas que estaba premeditada para producirles estrés, para finalmente reportar el nivel de sentimientos aversivos mediante una escala. Los autores encontraron que aquel grupo que recibió la indicación de pensar sobre los acontecimientos de forma más abstracta (en sus significados, sus causas e implicaciones) reportó un mayor nivel de sentimientos aversivos que los integrantes del grupo que recibió la indicación de pensar las situaciones en términos concretos.

Los resultados del experimento anterior apoyan la hipótesis de que el modo de procesamiento de información podría incidir en la reactividad emocional, pues se evidenció que el inducir un modo que involucrara interpretaciones de alto nivel produjo mayor respuesta emocional ante una situación estresante que al inducir un modo que involucrara interpretaciones de bajo nivel.

Ya en otro estudio (Dey et al., 2018) se había reportado que las personas con un alto grado de disforia refieren mayores problemas para tomar decisiones y mayores niveles de pensamiento abstracto durante el proceso que aquellos con bajos grados de disforia; asimismo, se reportó que el pensamiento

abstracto contribuyó a acrecentar un problema con el que las personas con depresión se ven propensas a lidiar: la cantidad de tiempo que les toma completar una tarea que requiere ser finalizada lo más pronto posible.

Otro trabajo que apunta hacia la idea de que el modo de procesamiento concreto podría ser efectivo para tratar a las personas con depresión es el de Wheatley y Hackmann (2011): señalan que la re-escenificación imaginativa es una técnica que pretende llevar al paciente de un estado de procesamiento abstracto y evaluativo a un estado de verdadera experiencia de las emociones, pensamientos y sensaciones; así, esta técnica trae a la consciencia el material emocional que pudo haber sido evitado, de forma que pueda ser procesado y transformado con la orientación del terapeuta. Otros trabajos también sugieren que la imaginación tiene un mayor impacto en las emociones que el pensamiento verbal (Holmes y Mathews, 2005).

Todos los hallazgos anteriormente reportados tienen implicaciones terapéuticas muy importantes, pues hay un número sustancial de personas con trastorno depresivo que no presentan mejoría con los tratamientos farmacológicos o cognitivo-conductuales, además de que suelen presentar recaídas a lo largo del tiempo. Datos como los anteriormente expuestos, que abordan más el modo de procesamiento que el contenido de los pensamientos, resultan prometedores para conformar un abordaje más eficaz del cual los pacientes con trastorno depresivo puedan beneficiarse.

Lo tratado en este capítulo conduce a reconocer la importancia de la base sensorial en la cognición y en el procesamiento de las emociones. Tanto la teoría de la actividad, el enfoque histórico-cultural en general, y las teorías de la cognición corporizada han enfatizado que las bases de las funciones psicológicas superiores están en las capacidades sensomotoras; queda por delimitar qué papel tienen estas bases en la instauración y el mantenimiento de trastornos como la depresión, pero, como ya se ha revisado aquí, con las aportaciones de todos los autores citados se pueden redirigir las investigaciones para concretar avances importantes al respecto.

3.5 La base sensorial en el enfoque histórico-cultural y de la cognición corporizada

Ya expuestos algunos de los principales postulados de ambas perspectivas teóricas, puede destacarse que tanto la cognición corporizada (al menos en el grupo de teóricos que conforman la posición de la “corporeización débil”) como la teoría de la actividad (y en general el modelo histórico-cultural) consideran a la materialidad y a la sensorialidad como la base de procesos psíquicos que posteriormente prescindirán de una total dependencia de los sistemas sensomotores, pero que parcialmente estarán integrados en las representaciones conceptuales ya maduras.

La teoría de la actividad, con su base fundamental en el materialismo dialéctico, apunta a la importancia de la sensorialidad para el desarrollo y la cohesión de la psique humana. En opinión de Leontiev (1984) la función que cumplen las imágenes sensoriales de la consciencia consiste en que confieren realidad

al cuadro consciente del mundo que se presenta a la persona, en que, gracias a este contenido sensorial, el mundo se muestra como existente no en la consciencia, sino fuera de ella, como campo objetivo y como objeto de su actividad.

Leontiev (1984) hace una mención muy interesante sobre la función de las imágenes sensoriales en la consciencia del mundo real mientras hacía investigación con zapadores que habían quedado ciegos y que además habían perdido ambas manos: debido que se les había hecho una cirugía que les removió de manera masiva los tejidos blandos del antebrazo, también perdieron la sensibilidad en las extremidades superiores. Todo esto resultó en que, por el hecho de no poder ejercer un control visual, no se restableció en ellos esta función, y no se restablecieron los movimientos manuales objetales. La consecuencia fatal fue que los pacientes comenzaron a expresar que a pesar de que la comunicación verbal con los demás no se veía entorpecida y de que los procesos mentales estaban conservados, el mundo exterior parecía desaparecer poco a poco. Se perturbó su sentido de realidad y tenían la sensación de haber leído sobre las cosas, pero no de haberlas visto, o de sentir que no había nadie cuando alguien les saludaba.

El mismo autor señaló que la naturaleza profunda de las imágenes psíquicas sensoriales reside en su carácter objetivo, en que son generadas por el proceso de la actividad que liga en la práctica a la persona con el mundo objetivo externo, y que por más que estos vínculos y sus formas efectoras de la actividad se hagan más complejos, las imágenes sensoriales conservan su referencia objetiva inicial. Hizo una aportación clave al preguntarse cómo es que podríamos concebir el mundo si al principio no se mostrara en su carácter sensorialmente objetivo.

Para Davíдов (1988), la unidad de lo sensorial y lo racional en el proceso del conocimiento no significa que uno siga a otro, sino que ambos participan permanentemente. Según Galperin (1957, como se citó en Quintanar y Solovieva, 2009), la asimilación de los conceptos tiene lugar solamente en la acción, en la experiencia.

Zeigarnik (1981) sostiene que, para la psicología soviética, el razonamiento es determinado como un reflejo generalizado y mediado de la realidad que está estrechamente relacionado con la percepción sensitiva del mundo y la actividad de los hombres. En esta definición aparece de nuevo el relevante rol que representa la sensorialidad para que los procesos mentales de gran complejidad puedan presentarse.

Continuando con esta autora, es conveniente rescatar sus hallazgos en los experimentos con pacientes que sufrían de esquizofrenia, pues ella se dio cuenta de que las asociaciones que hacían estos individuos en las tareas intelectuales resultaban vastas debido a que en ellos se actualizaban los conocimientos que no tuvieron mayor importancia en la experiencia pasada, utilizaban las propiedades de los objetos en mayor medida que los sujetos sanos.

Ese fenómeno puede resultar relativamente comprensible si retomamos a Luria y su concepción de la palabra como una matriz semántica multidimensional, en cuya generalización de aquello que se denomina está condensado el sistema de conexiones o sentido de la palabra, que incluye su estructura

externa, su estructura interna y las asociaciones situacionales e involuntarias. Se podría argumentar que, en un desorden como la esquizofrenia, las representaciones conceptuales mantienen aquella saturación de experiencia que señaló Vygotski (1993) al explicar el contenido de los conceptos cotidianos en la niñez, misma saturación que en condiciones de perturbación, se actualizan sin poder dar un curso coherente al pensamiento.

En el mismo orden de ideas, relativo a la importancia de la base material/sensorial de los procesos psíquicos superiores, conviene recordar también aquella ley que dota a la psique humana de su origen material, la cual señala a toda función psicológica como aparecida dos veces, primero en un plano exterior e intersíquico, y luego interiorizada en un plano intrapsíquico. Asimismo, la teoría de la formación de las acciones mentales por etapas (Davidov y Shuare, 1987) es un ejemplo muy evidente de cómo los procesos psíquicos necesitan de la base material para comenzar a desarrollar el sistema de conceptos que la componen: en las primeras etapas de la ontogenia, junto con las acciones se forman las imágenes sensoriales y los conceptos sobre los objetos de estas acciones, y la transferencia de las acciones al plano ideal se realiza por la vía del reflejo de su respectivo contenido objetal/material.

El carácter objetal también está en las necesidades, los motivos y la afectividad, pues como lo señaló Leontiev (1984), las emociones solamente pueden impulsar la actividad si hay una realidad material objetiva.

Se nota pues que aun cuando la psique humana vaya complejizándose en su curso ontogenético, es difícil concebir al gran entramado de conceptos como un sistema que está desprovisto de su base sensorial-material que le dio origen y, al parecer, le otorga sustento. Aquel discurso de los zapadores amputados y ciegos resulta crudamente verídico sobre el rol tan fundamental que tiene la sensorialidad en la consciencia del mundo y de uno mismo.

Barsalou (1999) reconoce la base sensorial y motora del procesamiento abstracto cuando expone los fenómenos que se han encontrado en personas con lesión en alguna región particular de la corteza somomotora, en donde la lesión provoca un desequilibrio en el procesamiento conceptual de categorías que utilizan esa región para percibir ejemplares físicos: por ejemplo, el daño en el sistema visual desequilibra el procesamiento conceptual de categorías cuyos ejemplares son procesados primordialmente de manera visual.

En los sistemas simbólicos perceptuales las conceptualizaciones de una categoría consisten en simulaciones de la experiencia de percibir y/o actuar sobre ejemplares de esa categoría. Tales simulaciones son el resultado de una especie de re-actuación neurofisiológica: la información concerniente a patrones de activación neuronal asociados con la percepción o la acción es usada posteriormente en ausencia de información aferente para generar una parcial reactivación de las representaciones somomotoras (Dove, 2011).

Retomando también al grupo de teorías englobadas en la clasificación de “corporeización débil” (Meteyard et al., 2012), este propone que los conceptos están al menos parcialmente constituidos por información sensomotora, por lo que cualquier información de este tipo que se active durante el procesamiento semántico es información sustancial con contenido y tiene un rol específico de representación, no solamente es de acceso secundario a información abstracta “verdaderamente” semántica; hay entonces una parcial dependencia de la abstracción hacia los sistemas motores y sensoriales, aunque no de las regiones corticales primarias.

Con todas las evidencias y las disertaciones sobre la importancia de la base sensorial en la conformación de los conceptos, parece comprensible el surgimiento de un grupo de teorías englobadas en las posturas de la cognición corporizada, pues el modelo cognitivo clásico de la mente humana vista como un dispositivo que procesa información amodal despojada de la experiencia sobre la cual se edificó, es difícil de seguir sosteniendo. La tarea titánica de los neurocientíficos es continuar con el planteamiento y puesta a prueba de hipótesis sobre los posibles mecanismos bajo los cuales las esferas de la sensorialidad y del pensamiento interactúan, y así acercarse a la elucidación de qué es eso que queremos identificar cuando usamos palabras como cognición, mente y consciencia.

IV. METODOLOGÍA

Se realizó un análisis teórico comparativo entre algunos de los postulados del enfoque histórico-cultural y el de la cognición corporizada para relacionar los conceptos de motivo/objetivo y bases sensomotoras de los procesos psicológicos superiores, con la intención de adquirir una mayor comprensión del trastorno depresivo.

4.1 Tipo y diseño de investigación

Para la realización de este trabajo, se intentó sustentar la importancia de incluir los conceptos de motivo/objetivo, subjetividad y pensamiento abstracto mediante una revisión documental en la que se indagó sobre los siguientes aspectos:

- Autores que son representativos del enfoque histórico-cultural.
- Propuestas de autores que abordan a los procesos cognitivos mediante los postulados de la cognición corporizada.
- Autores dentro de ambos modelos que hayan realizado estudios sobre los trastornos mentales, específicamente sobre la depresión.
- Conceptos que se destacan de manera importante para comprender los mecanismos de instalación y mantenimiento del trastorno depresivo.

Asimismo, se trató de identificar las áreas de oportunidad de ambos enfoques respecto a sus posibilidades para la explicación de los mecanismos del trastorno depresivo.

V. DISCUSIÓN

Resulta evidente que la representación que se tiene de lo que es un proceso mental tiene que ser ampliada, pues la visión cognitiva clásica, por ejemplo, la cual se desprendió de la comparación de la mente con el lenguaje computacional se muestra limitada y no alcanza a abordar la complejidad de tales procesos.

Sin tomar en cuenta la génesis y el curso del desarrollo de las funciones psíquicas superiores, la teorización sobre estas se edifica sobre cimientos débiles. El enfoque histórico-cultural tiene una enorme fortaleza para acercarse a la comprensión profunda de su naturaleza: es muy difícil entender un fenómeno si no se acude también a las formas más tempranas e iniciales de su desarrollo.

Con todo lo revisado en este trabajo ha quedado claro que una parte importante en la conformación de los procesos psíquicos son las capacidades sensomotoras y la representación de estas en el cerebro. El hecho de que el ser humano sea una especie que pueda abstraerse de la inmediatez de la experiencia sensomotora para representar el mundo en conceptos, no valida la idea de que esta experiencia sea ajena a la capacidad conceptual. El dominio del lenguaje significó un gran salto hacia lo paradigmático y potenció la capacidad para percibir e interpretar el mundo más allá de lo que los sentidos lo permiten, pero dejar de lado los cimientos de este sistema complejo de signos induce a tomar solamente los últimos eslabones de la cadena como los únicos y más representativos del fenómeno completo.

Lo anterior incide en grandes errores al momento de enfrentarse con hechos prácticos que intentan ser abordados desde aquellas teorizaciones que no contemplan la génesis y el desarrollo dinámico de sucesos tan complejos como los procesos psíquicos.

El abordaje de los trastornos emocionales, y en específico la depresión, implica comprender cómo funciona la psique, qué mecanismos tiene para guiar la actividad del individuo, de qué se compone, cómo surge y cómo se desarrolla. El enfoque histórico-cultural tiene la gran ventaja de haber conformado un vasto cuerpo de conocimientos que involucran los aspectos anteriores y constituyen una propuesta integrada del funcionamiento psíquico humano: gracias a todos aquellos estudios teóricos y experimentales fue posible desarrollar las hipótesis sobre la génesis, los mecanismos y el curso evolutivo de los procesos psicológicos y, por tal motivo, fue factible también proponer métodos correctivos para las situaciones en que tales procesos se desintegran.

Sin embargo, hubo pocos intentos sólidos de desarrollar conceptos nucleares como sentido y vivencia, mismos que están relacionados con el dinamismo de los procesos psíquicos para orientar al individuo en el mundo de acuerdo con su subjetividad, la cual surge de esta compleja relación entre la persona y el mundo.

El descubrimiento de que la actividad humana obedece a unos elementos estructurales y funcionales específicos abrió la puerta para comprender la conducta y para intervenir sobre ella con objetivos pedagógicos y rehabilitadores. La teoría de la actividad representa un gran cuerpo de conocimientos que se acercó a la superación del dualismo entre sujeto-objeto, entre afecto-intelecto, entre mente-cerebro y entre

individuo-medio. Sin embargo, resultaron escurridizos aquellos conceptos en cuyo desarrollo se vislumbraba el último porqué del análisis del pensamiento, aquella unidad afectiva-volitiva que está detrás de cada pensamiento y sin el cual es difícil concluir que el fenómeno se comprende a profundidad.

La vivencia y la subjetividad son conceptos que difícilmente pueden quedar fuera si se quiere penetrar en la naturaleza de trastornos como la depresión. Ya se ha visto que el establecimiento y la dilucidación de objetivos concretos funge como un factor protector ante la rumiación abstracta que perpetúa el estado de afectividad negativa típico de este trastorno. Este descubrimiento significa una gran contribución para efectos del tratamiento, pues marca pautas más claras en cuanto a la manera en que los contenidos mentales tienen que ser procesados, y no se centra solamente en la naturaleza de tales contenidos.

El sentido y la subjetividad, inmersos en ese juego del establecimiento de objetivos mediante un procesamiento concreto de información, quedan abordados solamente de manera implícita tanto en la teoría de la actividad como en las teorías de la cognición corporizada, lo cual no resulta conveniente, puesto que de aquella subjetividad va a depender que los objetivos concretos sean verdaderamente significativos para la persona, al grado de que sus fuerzas sensitivas, intelectuales, afectivas y volitivas integradas en su personalidad sean dirigidas a su consecución. Un modelo que pueda integrar la subjetividad en el conjunto de actividades que definen al individuo estaría cerca de abordar ese último porqué para la comprensión del pensamiento.

Ya que los motivos y objetivos son centrales para dirigir la actividad, es indispensable entonces que se investigue sobre su génesis, su desarrollo y formación. Los estudios de Elkonin son muy valiosos para acercarnos a la resolución de este asunto al proponer a la figura del adulto como portador de los objetivos sociales y los sentidos de la actividad, pero él mismo aclaró que el mecanismo por el cual el niño llega a concebir de esta forma al adulto es todavía un tema para investigaciones futuras. De nuevo, parece sugerirse que el escalón que implica la respuesta al último porqué del análisis del pensamiento permanece todavía esquivo.

El estudio de personas con algún trastorno mental, como ya se ha visto, puede ser una fuente muy valiosa de información para dilucidar los mecanismos por los que se desarrollan y modifican los motivos. El análisis de las condiciones bajo las cuales se forman las peculiaridades de la personalidad, atendiendo a la historia de vida, puede aclarar muchos aspectos referidos a la manera en que aquellas se desarrollan: llevar a cabo este estudio necesariamente implica la propuesta creativa de métodos que sean eficaces para obtener información elemental. Comprender pues cualquier trastorno que modifique a la personalidad implica extraer información sobre el sentido de las experiencias, de las ideas y emociones que alberga la persona, lo cual, por supuesto, no es una tarea sencilla.

El estudio de la experiencia de personas con un trastorno depresivo conduce indudablemente al cuestionamiento de lo que se entiende por mente. Tanto el enfoque histórico-cultural como el de la cognición corporizada incitan a una conceptualización menos reducida y fragmentada, lo cual

necesariamente orilla a modificar las prácticas de intervención. Si por cognición se entiende algo más que el procesamiento activo de signos que sustentan la interpretación que se hace del mundo y de sí mismo, los tratamientos cuando la persona se sumerge en la inactividad y la abulia típicas de la depresión involucrarán más que el ataque a las ideas calificadas como responsables de mantener ese estado. Implicará al cuerpo entero en relación con su entorno, a su capacidad sensitiva, motora, afectiva y volitiva. Hacer esto, claro está, dependerá de una gran experiencia y entendimiento del fenómeno por parte del terapeuta.

La importancia del aspecto material de los procesos psíquicos está señalada tanto en los teóricos del enfoque histórico-cultural como de la cognición corporizada. Esta materialidad se vuelve imprescindible para abordar la relación que tiene con los motivos y objetivos de las personas que padecen un trastorno depresivo. Se ha podido sugerir que el establecimiento y consecución de objetivos claros y tangibles, propuestos desde un procesamiento concreto de la información por parte del individuo, es un aspecto clave al abordar los orígenes psicológicos de la instauración del trastorno y los modos de su mantenimiento.

En ambos enfoques se alude a la fatalidad de no existir la base material/sensorial: en el histórico-cultural se destaca la importancia de las imágenes sensoriales, pues ellas confieren realidad al cuadro consciente del mundo que se despliega ante el sujeto, y si estas imágenes fallan (debido a lesiones cerebrales, por ejemplo) las personas padecen una especie de disociación y el mundo no lo experimentan como verdadero.

Por el lado del enfoque de la cognición corporizada se destaca la adversidad de la ausencia del pensamiento concreto orientado en los detalles contextuales específicos, objetivos, materiales e incidentales de sucesos y acciones, esto, evidenciado en diversos estudios que reportaron la necesidad de que la información sea procesada concretamente para poder establecer objetivos claros que orienten la conducta y poder sentirse un agente activo en el entorno: resulta desfavorable para la recuperación del paciente con depresión mantener un pensamiento abstracto descontextualizado que además tiene tonos de afectividad negativa.

Asimismo, ambos enfoques destacan la importancia de que el individuo se sienta un agente activo en el mundo, pues de la percepción del entorno como uno susceptible de brindar las condiciones para la consecución de los objetivos dependerá, en gran parte, la conducta dirigida y exteriorizada, la actividad objetivada. El ser humano ve necesario destacar objetivamente los objetos que persigue, hacerse una imagen orientadora de aquello que resuelve su necesidad. Por esto resulta fundamental estudiar también la relación individuo-medio, pues en su complejo entramado se pueden destacar datos relevantes para comprender el abatimiento de la persona con depresión. Como ya se ha mencionado, en este entendimiento de tan compleja relación, el concepto de “vivencia” es imprescindible.

Con todo lo que aquí se ha revisado, puede pensarse que una intervención neuropsicológica basada en la orientación adecuada al paciente para procesar la información en términos concretos represente una aproximación efectiva para apartarle de su rumiación depresiva y, eventualmente, enseñarle a encauzar

adecuadamente su pensamiento abstracto toda vez que ya se han destacado objetivos claros y alcanzables que estén relacionados con su contexto. Cabe preguntarse también si la interiorización gradual de un concepto positivo de uno mismo podría beneficiarse de esta intervención que brinde una adecuada base orientadora, pues el autoconcepto es igualmente una abstracción conformada también por información de distintas modalidades sensoriales, y más aún, de información propioceptiva, interoceptiva y afectiva.

La utilización del pensamiento concreto (apoyado de su base material/sensorial) para el establecimiento de objetivos claros que respondan a los motivos relevantes del paciente con depresión, es un tema que debería de desarrollarse con mayor profundidad, y seguramente su abordaje volverá a contemplar los conceptos que hasta ahora no han podido ser plenamente integrados, como la vivencia y la subjetividad.

Desde el punto de vista de la actividad y su estructura, pareciera pues comprensible que una dificultad o incapacidad para destacar los objetos que satisfacen a los motivos, o para contemplarlos como alcanzables, pudiera tener como consecuencia una conducta inhibida que tome la forma de un trastorno depresivo.

Se pueden relacionar las desventajas del pensamiento abstracto en el trastorno depresivo con la importancia de las imágenes sensoriales para conferir realidad al cuadro consciente del mundo que se despliega ante el sujeto, pues así el mundo se presenta como existente no en la consciencia sino fuera de ella, como campo objetivo y como objeto de su actividad. Cabe entonces el cuestionamiento de si la persona con trastorno depresivo se mantiene en un estado de escaso acceso a objetivos concretos y a motivaciones objetivadas debido a su constante esfuerzo por acabar con esta condición mediante abstracciones que le conducen a callejones sin salida. El pensamiento recursivo abstracto no proveería de la imagen orientadora que conduce la actividad humana.

Quedan asuntos importantes a tomar en cuenta en relación con la esfera de los motivos en personas que padecen depresión, a saber, la razón por la que estos pacientes son tan susceptibles a la dificultad para encontrar la motivación de dirigirse hacia el mundo y satisfacer las necesidades. Para investigaciones futuras, será muy conveniente indagar en la naturaleza de los motivos vitales de estas personas para encontrar en qué medida obedecen a ciertos patrones que los hacen propensos a replegarse y no ir hacia la consecución de aquellos. Con todo, el trabajo científico ha demostrado ser progresivo y seguramente se encontrarán o se crearán los métodos adecuados para acceder a información tan sustancial.

VI. CONCLUSIONES

- Para el enfoque histórico-cultural y el de la cognición corporizada, los motivos son vitales para estimular y orientar la conducta.
- Para ambos enfoques, los motivos deben de estar objetivamente destacados en el mundo.
- Para el enfoque de la cognición corporizada, el pensamiento concreto está íntimamente ligado a esa objetivación/distinción de los motivos.
- Para ambos enfoques, el logro de objetivos/motivos claros es vital para mantener el equilibrio emocional.
- Para ambos enfoques, las capacidades sensomotoras están íntimamente relacionadas con el pensamiento conceptual.
- Para el enfoque histórico-cultural, la experiencia práctica es vital para dar materialidad al cuadro consciente del mundo como existente objetivamente.
- Para el enfoque de la cognición corporizada, no resulta conveniente la utilización del pensamiento abstracto para delimitar motivos/objetivos claros.
- El pensamiento concreto está más cerca de las bases sensomotoras que dan origen a la cognición.
- Es probable que utilizar mayoritariamente un procesamiento en abstracciones conduzca a alteraciones del estado emocional.
- Se juzga necesario una conceptualización más amplia de lo que se entiende por “cognición”, que incluya al ser cuerpo-mente en relación con el mundo, a su subjetividad, y no solamente al ser-mente en relación con el mundo.
- Ambos enfoques carecen de un modelo dinámico en el que la subjetividad sea considerada como algo más complejo que la interpretación que el sujeto hace del mundo.
- Al enfoque de la cognición corporizada le convendría construir un cuerpo teórico referente al desarrollo ontogénico de la esfera psíquica, pues carece de este.
- Es indispensable estudiar la génesis, desarrollo y formación de los motivos, dado su importancia para estimular y orientar la actividad humana..
- Es conveniente indagar en la naturaleza de los motivos vitales de las personas con depresión con el fin de determinar si obedecen a ciertos patrones que las hacen propensas a replegarse pasivamente.
- Desde el punto de vista de la actividad y su estructura, pareciera que en las personas con depresión existe una dificultad para destacar en el mundo exterior los objetos que satisfacen a las necesidades, o para contemplarlos como alcanzables.
- El pensamiento recursivo abstracto no proveería de la imagen orientadora que conduce la actividad humana.

REFERENCIAS

- Acharya, U. R., Oh, S. L., Hagiwara, Y., Tan, J. H., Adeli, H., y Subha, D. P. (2018). Automated EEG-based screening of depression using deep convolutional neural network. *Computer Methods and Programs in Biomedicine*, *161*, 103–113.
- American Psychiatric Association. (2014). DSM-5. Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales. In Editorial médica panamericana (Ed.), *Editorial Médica Panamericana*.
- Avilés, R. (2013). *Caracterización neuropsicológica de los lóbulos frontales en pacientes con trastorno depresivo mayor con y sin consumo de antidepresivos*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Baker, S. (2004). Intrinsic, extrinsic, and amotivational orientations: Their role in university adjustment, stress, well-being, and subsequent academic performance. *Current Psychology*, *23*(3), 189–202.
- Barbas, H., y García-Cabezas, M. Á. (2017). Prefrontal cortex integration of emotion and cognition. In *The Prefrontal Cortex as an Executive, Emotional, and Social Brain* (pp. 51–76). Springer Japan.
- Barsalou, L. W. (1999). Perceptual symbol systems. *Behavioral and Brain Sciences*, *22*(4), 577–609.
- Beblo, T., Sinnamon, G., y Baune, B. (2011). Specifying the neuropsychology of affective disorders: clinical, demographic and neurobiological factors. *Neuropsychology Review*, *21*(4), 337–359.
- Cooney, R. E., Joormann, J., Eugène, F., Dennis, E. L., y Gotlib, I. H. (2010). Neural correlates of rumination in depression. *Cognitive, Affective and Behavioral Neuroscience*, *10*(4), 470–478.
- Crews, W. D., y Harrison, D. W. (1995). The neuropsychology of depression and its implications for cognitive therapy. *Neuropsychology Review*, *5*(2), 81–123.
- Davídov, V. (1988). *La enseñanza escolar y el desarrollo psíquico*. Progreso.
- Davidov, V., y Shuare, M. (1987). *La psicología evolutiva y pedagógica en la URSS*. Progreso.
- Dey, S., Newell, B. R., y Moulds, M. L. (2018). The relative effects of abstract versus concrete thinking on decision-making in depression. *Behaviour Research and Therapy*, *110*, 11–21.
- Dick, F., Dronkers, N., Pizzamiglio, M., Saygin, A., Small, S., y Wilson, S. (2005). Language and the brain. In M. Tomasello y D. Slobin (Eds.), *Beyond Nature-Nurture: Essays in Honor of Elizabeth Bates* (p. 248). Erlbaum.
- Dove, G. (2011). On the need for embodied and dis-embodied cognition. *Frontiers in Psychology*, *1*, 25.
- Elkonin, D. (1989). *Obras escogidas*. Pedagogía.
- Fernández-Abascal, E., García, B., Jiménez, M. del P., Martín, M. D., y Domínguez, F. (2010). *Psicología de la emoción*. Editorial Universitaria Ramon Areces.
- Fernández-Guardiola, A. (1979). *La Conciencia. El Problema Mente Cerebro*. Trillas.

- Gjelsvik, B., Lovric, D., y Williams, J. M. G. (2018). Embodied cognition and emotional disorders: Embodiment and abstraction in understanding depression. *Journal of Experimental Psychopathology*, 9(3).
- González-Rey, F. (2010). Las categorías de sentido, sentido personal y sentido subjetivo en una perspectiva histórico-cultural: un camino hacia una nueva definición de subjetividad. *Universitas Psychologica*, 9(1), 241–253.
- González Rey, F. L. (2015). Human Motivation in Question: Discussing Emotions, Motives, and Subjectivity from a Cultural-Historical Standpoint. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 45(4), 419–439.
- Greicius, M. D., Flores, B. H., Menon, V., Glover, G. H., Solvason, H. B., Kenna, H., Reiss, A. L., y Schlaggar, B. L. (2007). Resting-State Functional Connectivity in Major Depression: Abnormally Increased Contributions from Subgenual Cingulate Cortex and Thalamus. *Biological Psychiatry*, 62(5), 429.
- Hammar, Å., Lund, A., y Hugdahl, K. (2003). Long-lasting cognitive impairment in unipolar major depression: A 6-month follow-up study. *Psychiatry Research*, 118(2), 189–196.
- Harmon-Jones, E., Gable, P. A., y Price, T. F. (2011). Leaning embodies desire: Evidence that leaning forward increases relative left frontal cortical activation to appetitive stimuli. *Biological Psychology*, 87(2), 311–313.
- Harvey, A., Watkins, E., Mansell, W., y Shafran, R. (2015). Cognitive Behavioural Processes across Psychological Disorders (DRAFT). In *Cognitive Behavioural Processes across Psychological Disorders (DRAFT)*. Oxford University Press.
- Hecht, D. (2010). Depression and the hyperactive right-hemisphere. *Neuroscience Research*, 68(2), 77–87.
- Holmes, E., & Mathews, A. (2005). Mental Imagery and Emotion: A Special Relationship? . *Emotion*, 5(4), 489–497.
- Jackson, S. (1986). *Historia de la melancolía y de la depresión. Desde los tiempos hipocráticos a la época moderna*. Turner.
- Jaeger, J., Berns, S., Uzelac, S., y Davis-Conway, S. (2006). Neurocognitive deficits and disability in major depressive disorder. *Psychiatry Research*, 145, 39–48.
- Kemper, T., y Lazarus, R. (1991). Emotion and Adaptation. In *Handbook of personality theory and research* (Issue 4, pp. 609–637). Oxford University Press.
- Lazarus, R. (1991). Progress on a cognitive-motivational-relational theory of emotion. *The American Psychologist*, 46(8), 819–834.

- Leontiev, A. N. (1984). *Actividad, Conciencia y Personalidad*. Editorial Cártago de México.
- Luria, A. (1979). *El cerebro en acción*. Editorial Fontanella.
- Luria, A. (1980). *Fundamentos de Neurolingüística*. Toray-Masson.
- Mandler, J. M. (2008). On the birth and growth of concepts. *Philosophical Psychology*, 21(2), 207–230.
- Meteyard, L., Cuadrado, S. R., Bahrami, B., y Vigliocco, G. (2012). Coming of age: A review of embodiment and the neuroscience of semantics. *Cortex*, 48(7), 788–804.
- Murrough, J. W., Iacoviello, B., Neumeister, A., Charney, D. S., y Iosifescu, D. V. (2011). Cognitive dysfunction in depression: Neurocircuitry and new therapeutic strategies. *Neurobiology of Learning and Memory*, 4(96), 553–563.
- Nikolaeva, V. (2011). B. W. Zeigarnik and pathopsychology. *Psychology in Russia*.
- Northoff, G. (2013). Gene, brains, and environment-genetic neuroimaging of depression. *Current Opinion in Neurobiology*, 23, 133–142.
- Organización Mundial de la Salud. (2020). *Depresión*. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/depression>
- Pandya, M., Altinay, M., Malone, D. A., y Anand, A. (2012). Where in the brain is depression? *Current Psychiatry Reports*, 14(6), 634–642.
- Pessoa, L., Medina, L., Hof, P. R., y Desfilis, E. (2019). Neural architecture of the vertebrate brain: implications for the interaction between emotion and cognition. *Neuroscience and Biobehavioral Reviews*, 107, 296–312.
- Pietrzak, T., Lohr, C., y Hauke, G. (2017). Moving the mind: Embodied cognition in Cognitive Behavioural Therapy (CBT). *European Psychotherapy*, 13.
- Piumatti, G. (2018). Motivation, health-related lifestyles and depression among university students: A longitudinal analysis. *Psychiatry Research*, 260, 412–417.
- Quintanar, L., y Solovieva, Y. (2009). *Las funciones psicológicas en el desarrollo del niño*. Trillas.
- Rubinstein, S. (1976). *Problemas de Psicología general*. Grijalbo.
- Schachter, S., y Singer, J. (1962). Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state. *Psychological Review*, 379–399.
- Smith, B. (2013). Depression and motivation. *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 12(4), 615–635.
- Solomon, R. (2008). The philosophy of emotions. In M. Lewis, J. Haviland-Jones, y L. Barrett (Eds.), *Handbook of emotions* (pp. 3–16). The Guilford Press.

- Solovieva, Y., y Quintanar, L. (2010). *Antología del desarrollo psicológico del niño en edad preescolar*. Trillas.
- Strongman, K. (2003). *The Psychology of Emotion: From Everyday Life to Theory* (5a ed.). Wiley.
- Taylor, M. A., y Fink, M. (2006). *Melancholia: the diagnosis, pathophysiology, and treatment of depressive illness*. Cambridge University Press.
- Varga, S. (2014). Cognition, Representations and Embodied Emotions: Investigating Cognitive Theory. *Erkenntnis*, 79(1), 165–190.
- Vargas, J., Casas, L., Reyes, P., y Iragorri, A. (2021). Síntomas afectivos en pacientes con lesiones talámicas y su correlación con el patrón de conectividad talamocortical: revisión sistemática de la literatura. *Acta Neurológica Colombiana*, 36(3), 201–209.
- Vergara, C., & Roberts, J. (2011). Motivation and goal orientation in vulnerability to depression. *Cognition and Emotion*, 25(7), 1281–1290.
- Vigotsky, L. (1983). *Obras escogidas. Tomo 5*. Editorial Pedagógica Moscú.
- Vigotsky, L. (1991). *Obras escogidas. Tomo III*. Visor.
- Vigotsky, L. (1993). *Pensamiento y lenguaje*. Visor.
- Wagner, F. A., González-Forteza, C., Sánchez-García, S., García-Peña, C., Gallo, J. J., y Wagner, F. A. (2012). Enfocando la depresión como problema de salud pública en México. *Salud Mental*, 35(3), 3–11.
- Watkins, E. (2008). Constructive and Unconstructive Repetitive Thought. *Psychological Bulletin*, 134(2), 163–206.
- Watkins, E., Moberly, N. J., y Moulds, M. L. (2008). Processing Mode Causally Influences Emotional Reactivity: Distinct Effects of Abstract Versus Concrete Construal on Emotional Response. *Emotion*, 8(3), 364–378.
- Watkins, E. R., y Nolen-Hoeksema, S. (2014). A habit-goal framework of depressive rumination. *Journal of Abnormal Psychology*, 123(1), 24–34.
- Wheatley, J., y Hackmann, A. (2011). Using imagery rescripting to treat major depression: Theory and practice. *Cognitive and Behavioral Practice*, 18(4), 444–453.
- Williams, L. E., y Bargh, J. A. (2008). Experiencing physical warmth promotes interpersonal warmth. *Science*, 322(5901), 606–607.
- Winkielman, P., Niedenthal, P., Wielgosz, J., Eelen, J., y Kavanagh, L. C. (2014). Embodiment of cognition and emotion. In *APA handbook of personality and social psychology, Volume 1: Attitudes and social cognition*. (pp. 151–175). American Psychological Association.

Wood, W., y Neal, D. (2007). A new look at habits and the habit-goal interface. *Psychological Review*, 114(4), 843–863.

Zeigarnik, B. V. (1981). *Psicopatología*. Akal Editor.

Zhong, C. B., y Leonardelli, G. J. (2008). Cold and lonely: Does social exclusion literally feel cold? *Psychological Science*, 19(9), 838–842.